VIAGE

DE UN FILÓSOFO

A SELENÓPOLIS.

VIAGE

DE UN FILÓSOFO

Á SELENÓPOLIS,

CORTE DESCONOCIDA

DE LOS HABITANTES DE LA TIERRA,

ESCRITO POR ÉL MISMO,

Y PUBLICADO

POR

D. A. M. y E.

MADRID:
POR GOMEZ FUENTENEBRO Y COMPAÑIA.
1804.

Quod vidi, pinxi.

RBR
5 V598F

RELACION

DEL VIAGE DEL FILOSOFO, QUE PUEDE LEERSE COMO PROLOGO.

Aunque el fin de qualquiera filósofo que viaja sea principalmente el de instruirse en las leyes, costumbres, política, comercio y preocupaciones de las naciones que va á ver; sin embargo cada qual tiene su gusto dominante que le hace pararse mas particularmente en la observacion de aquellas cosas que le afectan mas: el Naturalista busca con preferencia los metales, minerales, insectos, &c.: el Botanista las plantas, flores, arboles ó conchas: el Antiqüario los monumentos, las medallas y estatuas: el Erudíto los manuscritos é inscripciones; y el Astrónomo algunas estrellas nuevas. Los espíritus puramente curiosos echan una mirada casi indiferente sobre estos objetos, pero

todos tienen su manía, y la mia está y ha estado siempre por las *cascadas*, ó caidas de aguas naturales. A mí me parece que el espíritu filosófico ha dirigido la mayor parte de mis investigaciones; pero no he dexado escapar ninguna ocasion de poder visitar con la mayor curiosidad todas las cataratas de esta porcioncilla de materia que se llama el mundo conocido, de donde puede inferirse que he caminado mucho.

He exâminado con el mayor cuidado las cataratas del Nilo, del Rin, del Danubio, del Volgda, de Alvania, de Tornea, &c. y me hallo en estado de poder publicar algun dia sus exâctas descripciones; pero todas estas caidas de agua, así como otras varias, no son mas que unas pequeñas cascadas en comparacion de la de Niagara, ó Nicagara (segun dicen otros), la mas considerable que ha producido la naturaleza sobre nuestro pequeño planeta.

Cinco años hace que andaba corriendo los mares, quando el vagel en que yo iba, habiendo intentado vanamente en diferentes ocasiones desembarcar en las tierras australes, y buscar un paso para la China por el norte, ancló en el Canadá á la embocadura del rio Niagara para tomar allí algunos refrescos; me aproveché con ansia de tan buena ocasion para ir á ver su famosa catarata por cerciorarme de lo que dicen de ella el Baron de la *Hontan*, y el Padre *Charlevoix*. Dos salvajes intrépidos me ofrecieron subirme por el rio en una pequeña barquilla hecha de cueros, y cosida con juncos; pero como la navegacion es peligrosa, y el rodeo muy considerable hasta la catarata, quise mas hacer el viage por tierra. Separéme de mis compañeros, entre los que ni uno siquiera hubo que quisiera acompañarme, y habiendo convenido con ellos en que, si no volvia yo para cierto dia que

señalamos, volverian á hacerse á la vela, se reembarcaron en efecto sin dárseles el menor cuidado de mí, y yo me puse en camino con mi guia, que despues de haberme hecho travesar unos montes y desiertos inmensos, me puso en fin sobre la orilla del rio, á seis millas de distancia del parage donde se precipita esta soberbia catarata. Me entré en un esquife, y anduve alegremente sobre las ondas espumosas para admirar este objeto prodigioso por todos sus puntos de vista; ¡qué espectáculo tan encantador para un observador de cataratas! Despues de haberse deleytado mis ojos viendo un millon de arcos en el cielo, cuyos colores variaban á proporcion de que mudaba yo de puesto (Meteoro aqüoso, ocasionado por las gotas de agua repartidas por el ayre que separa los colores de la luz), y despues de haberme estremecido con un gusto delicioso por el ruido que hacen al caer las

aguas estrelladas contra los peñascos, y por el placer de ver los saltos peligrosos que daban unos peces disformes, me acerqué bastante á la catarata para poder medir su anchura, que encontré de setecientas quarenta y dos toesas, tres pies, y nueve pulgadas, y su altura de trescientos quarenta y quatro pies, siete pulgadas, y ocho líneas, de donde inferí que el Baron de la Hontan habia tomado sus dimensiones desde mucha distancia, y que el Padre Charlevoix no la habia visto sino de perfil.

Me marché despues sobre la cima de la montaña para considerar á mis solas el motivo del indecible placer que acababa de disfrutar. Antes de llegar á lo alto tuve que travesar tres montañas escarpadas, por entre una niebla muy espesa, pero trasparente, que se extiende dos leguas á la redonda, y se comunica con las nubes. A pesar de las fatigas que habia sufrido me pro-

puse el calcular con la ultima exâctitud la cantidad de pies cúbicos de agua que derrama este torrente impetuoso en el espacio de un siglo, aun suponiendo su marcha uniforme, su movimiento, su fuerza, su rapidez, las resistencias, y todas las demas zarandajas que hacen notable una observacion.

Absorto ya en los profundos cálculos, y con mi cabeza repleta de proyectos fisico-metafisico-chîmericos, tocaba yo al término de mi operacion, quando de repente me distraxo un susurro confuso de voces que creí bastante cerca de mí. Júzguese de mi sorpresa, sabiendo que estaba en un parage donde me creia absolutamente solo: estuve casi tentado por creer que pues algunos viageros habian visto peces volantes, podia muy bien suceder que me hallase en una república de peces locuaces. Sobrecogido por esta idea maravillosa, me adelanté á toda priesa hacia el sitio de donde

salian los sonidos; pero ¡quánta fué mi admiracion al encontrarme allí con un vagel de estructura singular, cuyo fondo movible podia recibir alternativamente una forma convexâ y cóncaba! El maderage era de corcho, el arbol de navío de caña, las velas de un texido muy tupido y superior por su finura á nuestras mejores telas, y todo el cordage de estos hilos llamados cabellos de ángel: el equipage tenia por remos unos avanicos enormes, y por áncora una especie de escaravajo con una cola tan larga como la de un cometa de la sexta clase, llena de innumerables vegigas.

Una infinita multitud de personas, las mas del bello sexô, se estaban embarcando con mucha alegría para el pais que suple algunas veces benignamente á la falta del sol sobre la tierra, y que, en lenguage astronómico y comun, se llama la luna. Seguí con presteza la tropa festiva, y apenas entré en el

navío quando el piloto, favorecido de una niebla espesa por donde flotaba el buque, levó la áncora y se hizo á la vela.

Fué tan dichosa la navegacion (gracias á un vientecillo de tierra que soplaba verticalmente) que habiendo pasado las tempestades que se forman en la region media, nos hallamos en tres segundos y siete tercios, en los confines de la atmósfera. Allí los pasageros fisicos, despues de haber calculado por sus diferentes cómputos, decidieron magistralmente que habiamos ya hecho diez y ocho leguas de veinte y cinco al grado. Travesamos ademas cerca de doscientas de aurora voreal; despues de lo que habiendo mandado nuestro xefe dexar toda maniobra, superflua en lo sucesivo, y muy expuesta en el punto del pasage del lleno en el vacio, nuestro vagel agitado por muchos bayvenes bastante violentos, ocasionados por el choque tenaz y perpétuo entre

la fuerza centrípeta y la centrífuga, padecia un movimiento oscilatorio que daba mucho cuidado al piloto; quando en fin á fuerza de virar y revirar, un golpe de timon dado transversalmente, habiéndonos hecho escapar por un feliz tangente, nos sentimos arrastrados por una fuerza invencible en razon directa de la masa, é inversa del quadrado de la distancia; fuerza tan real como desconocida, que aumentándose estuvo para estrellarnos; pero la habilidad del Piloto, intrépido calculador del infinito, habiéndonos hecho travesar á fuerza de *X.* y de *Y.* la region hipervorea, esquivar el carpatos, y doblar el tauro, llegamos en fin á la Palestina, y echamos áncoras al pie del Sinaí.

Encantado yo de alegría por verme en un pais que con tanta ansia habia deseado conocer de diferente modo que por mi telescopio, y por los extravios de mi imaginacion, me arrebaté de gozo considerando los

descubrimientos maravillosos que iba á hacer allí para enriquecer con ellos nuestro globo á mi vuelta, y representar en mi patria un papel tanto mas importante como que podria decidir abiertamente sobre lo que habia visto *con mis propios ojos, tocado con mis propias manos, oido con mis propias orejas, y observado con mi propio juicio.*

Pero ¡ay de mí! quánta distancia hay de la imaginacion á la verdad. No podria explicar mi confusion y sentimientos, quando despues de haber recorrido diferentes climas, freqüentado las cortes, visitado los sabios, los filósofos, los antiqüarios, y los controversistas, llegué á conocer que habia emprendido un viage inútil: que la luna como satelite de la tierra, á la qual está sometida por las leyes de la gravitacion, y tal vez por el aspecto continuo de su figura, tenia necesariamente las mismas leyes, los mismos gustos, usos, costumbres,

preocupaciones, en fin, que todo era allí lo mismo que en nuestra tierra.

Su mapa-luni contenia un mar mediterraneo, un puente euxino, un Peloponeso, una Sicilia, un Apenino, &c.

Las capitales de los diversos reynos que recorrí estaban inundadas de carrozas, y sus teatros parecian unas cárceles: allí habia suntuosos edificios, que consistian en moles inmensas, casas sobre los puentes, mercados infestados, estrechos y sin entradas, calles tortuosas, angostas y puercas, pocas fuentes, muchas modistas y cafeteros; los libreros y artistas en la mayor miseria; se habian hecho admirables descubrimientos, pero no se habian plantificado á causa de la preocupacion y de la ignorancia.

Tan desesperado yo del mal éxîto de mi empresa como un alquimistá, que vé frustrado su ultimo experimento en la fabricacion

del oro, y atormentado por el deseo de volverme á la tierra para ocultar en ella mi rubor y despecho, andaba errante por unos caminos desconocidos, hasta que en fin me hallé extraviado en un sombrio monte, agoviado de cansancio, y próxîmo á caer en el fastidio de mi exîstencia.... quando alcancé á ver á un viejo venerable, cuyo aspecto me infundió respeto y admiracion. Acerquéme á él con la confianza propia de los desgraciados; me recibió con bondad: decidme (me dixo él) el motivo de la tristeza que se advierte en vuestro rostro; tal vez podré contribuir á vuestro alivio. Yo le satisfice; y despues de haberme oido con atencion la relacion de mi aventura: tambien soy yo (me dixo él) extrangero como vos, en estos parages, aunque habitante de la luna; pero del emisferio opuesto á éste en que nos encontramos: pais que no se vé desde la tierra, y al qual llamamos noso-

tros *América*. Nuestro continente está separado de este por unos mares inmensos, cuyas costas, sembradas de peñascos escarpados é inaccesibles, cierran, digámoslo así, toda comunicacion entre estos pueblos y los nuestros. Sin embargo, la industria y el valor triunfarian de estos obstáculos si no reynase entre ellos y nosotros una antipatía tradicional, que no puedo atribuir mas que á la diferencia de inclinaciones, gustos, y opiniones que nos han separado siempre despues de tantos siglos: motivo bárbaro, pero poderoso, que en desprecio de la razon y del interes comun, perjudica á los progresos de los conocimientos humanos, y separa en el mundo varias naciones respetables, que no deberian formar mas que una república de hermanos, así como se vé en vuestro mundo entre los Españoles y Portugueses, los Franceses y los Ingleses, los Austriacos y los Prusianos, los Tomistas y los Sua-

ristas, las Mogigatas y las Bonitas, &c. &c.

¿Pues cómo (le dixe yo lleno de admiracion) quando regularmente jamas habreis salido vos mismo de la luna, estais tan informado de lo que pasa en la tierra? Algun dia os lo diré, hijo mio, (me respondió él) antes voy á instruiros del motivo de mi venida á este emisferio, y de los medios de que me he valido para poder entrar en él. He empleado toda mi vida en el estudio de la Filosofia, de la Moral, y de las Ciencias. Nada vanaglorioso por el grado de perfeccion que ellas logran entre nosotros, el deseo de aumentar mis luces, junto con el honor de la verdad, que guia á los verdaderos filósofos, me hizo esperar que podria yo adquirir algunos conocimientos utiles en este pais, con el que teniamos en otro tiempo bastante comunicacion, y acerca del qual no nos queda en el dia mas que una tradicion deforme; pero

como la naturaleza parece que ha prohibido todo comercio entre los dos continentes por la superficie de la luna, me he buscado una senda por el centro para arribar á nuestros antipodas; y habiéndome provisto de pieles de salamandra, y de sábanas del Amianto, dadas de un barniz impenetrable al fuego, travesé atrevidamente el corazon de nuestro globo donde el fuego central tiene un calor capaz de consumir qualquiera otro cuerpo, y llegué sin accidente particular á este emisferio. He recorrido en él infructuosamente, como tambien os ha sucedido á vos mismo, todas sus regiones: me vuelvo muy afligido de no haber podido encontrar en ellas, por lo comun, mas que unos espíritus falsos, una metafisica capciosa, una jurisprudencia insuficiente, una fisica supersticiosa, una geografia limitada, el metodo de estudios muy largo, las artes imperfectas, las ciencias en la cuna, sis-

temas, incertidumbres, vanidad, miseria y preocupacion por todas partes.

En la sociedad no he encontrado mas que autores que escriben por ostentacion, filósofos envueltos entre sistemas tenebrosos, moralistas laxôs, cortesanos aduladores, protectores ignorantes, ricos crueles, pobres insolentes, &c. en fin, impaciente por volverme á mi patria, no llevo de estos tristes lugares mas que la satisfaccion de haber podido observar los astros que circulan por esta parte del cielo, que jamas habia yo podido ver, y ya es esto algo para los progresos de nuestra astronomía.

Guiado, no tanto por un motivo de curiosidad, como por una fuerza secreta que me inclinaba hácia este venerable anciano, le rogué que me permitiese que le acompañára; él no se hizo instar mucho: venid, hijo mio, (me dixo abrazándome) venid á mi América; allí

encontraréis un mundo digno de vuestra admiracion: la curiosidad es una virtud quando tiene por objeto el deseo de instruirse para ser util á su patria.

Habiendo hecho los dos la provision suficiente de vestidos para efectuar nuestro viage sin riesgo, dexamos con gusto estos pueblos ignorantes: nos arrojamos á un bolcan profundo y fuimos llevados en pocos instantes por una línea recta (pues la luna es una esfera perfecta) á los Antipodas, que el vulgo del pais, que nosotros dexamos, ni aun se sospechaba que exîstiesen. En dos jornadas llegamos por unos caminos cubiertos de planchas de hierro, anchos, cómodos, y con filas de árboles útiles, á *Selenópolis*, capital del imperio de los *Selenitas* dónde tenia su residencia el sabio *Arzames*: antes de hacerme ver en lo topográfico las maravillas de esta Ciudad encantadora, quiso enterarme sin pérdida de tiempo del carác-

ter de sus dichosos habitantes; y despues de habernos procurado algun descanso, empezó á tenerme contínuas conferencias, cuyo contenido referiré en los capítulos siguientes.

CAPITULO PRIMERO.

Educacion de los Selenitas.

La educacion de la juventud (me dixo Arzames) siendo el objeto mas importante de la Legislacion, pues que influye sobre todas las acciones de la vida, y pues que es el origen de la felicidad ó de la desventura del hombre en particular, y de la sociedad en general: el príncipe, ocupado como padre de familias, de la felicidad de sus pueblos, no ha omitido diligencia alguna para que los niños recibiesen una buena educacion, y que mamáran con la leche los principios dirigidos á formar buenos, fieles, y útiles vasallos.

Segun nuestro plan se cria con dureza á los niños desde la cuna; tiempo en que la naturaleza se presta á toda suerte de impresiones, se les pone desnudos al ardor del sol,

y al rigor de las estaciones, y se les mete con freqüencia en baños frios.

Acostumbrado así el cuerpo desde la mas tierna infancia, se halla ya despues exênto de mil males, á que le sujeta la delicadeza, mientras que unos usos contrarios para libertar á las criaturas de estas incomodidades, hacen que no puedan sobrellevar la menor de ellas en una edad mas adelantada.

Así se les trata hasta la edad de los tres años en que se empieza á vestirles á la ligera, y sin ligaduras (1).

El cuerpo se acostumbra por necesidad á los exercicios mas trabajosos, y á las fatigas mas penosas. La frugalidad aumenta las fuerzas, y la templanza las alimenta. El pre-

(1) Es una observacion cierta la de que en los paises donde no se usa de embolturas ni se les faxa son los hombres mejor formados, mas robustos, y menos sujetos á estas deformidades tan comunes en nuestra España.

parar con tiempo á la juventud para el sufrimiento de todos los molestos accidentes del clima es disminuir á este su fuerza quando aquella tiene que experimentarlos: es lo mismo que preservarla ya de las impresiones funestas que causan los elementos sobre las constituciones débiles, y salvarla de mil accidentes á que está sometido el cuerpo, mas por la delicadeza de la educacion que del temperamento.

La naturaleza ha formado todos los seres de modo que puedan vivir en el fluido que los rodea; ¿no es pues una necedad el sacarlos de él por ciertas preocupaciones, cuya necesidad puede evitarse? La medicina, ciencia mas charlatana que convincente, cuyos principios son vagos, el paso incierto, y el método equívoco: ciencia mas capaz de formar las enfermedades que de curarlas, está demas para unos cuerpos endurecidos, y acostumbrados, con tiempo, á despreciar sus reme-

dios, ó á saber vivir sin ellos.

Apenas los niños empiezan á articular algunos sonidos no se dexa estar junto á ellos mas que algunas personas que sepan hablar con pureza el idioma de su pais.

Hasta la edad de cinco años en que entran en las aulas, aprenden á leer y escribir solamente, y la educacion doméstica consiste en inspirarles sentimientos de afabilidad, de modestia, de docilidad, de sinceridad, y de respeto para con sus padres y mayores. La obediencia es una obligacion, y el respeto un homenage para con los autores de nuestro nacimiento, del qual recogeremos nosotros mismos algun dia los frutos. Uno y otro son muy conformes al órden de la naturaleza; los primeros Reyes tomaron por modelo de su gobierno el poder paternal. ¿Quánto debemos á nuestros padres y madres, por los cuidados que nos han prestado en el tiempo de nuestra infancia, y de nuestra

educacion ; por las comodidades de que ellos se privaron para procurarnos las nuestras ; por sus trabajos para adquirirnos una situacion dichosa , y por su paciencia en sufrir nuestros defectos ? La gratitud es un tributo muy débil para tales beneficios : el amor y el respeto son los únicos con que puede corresponderse. Nada está demas quando se trata de imprimir con tiempo estos sentimientos en el corazon de los niños : ellos contribuyen á la felicidad de toda su vida. Nadie puede ser buen ciudadano sin haber sido antes hijo tierno , y respetuoso.

No se dan aquí (en Selenópolis) á los niños , muñecas : se han remplazado estos juguetes con figuras de geometría capaces de excitar su curiosidad , y que los acostumbran maquinalmente á raciocinar, aun antes de la edad que llamamos de la razon , que no se dispierta por lo comun tan tarde , sino porque se retarda su nacimiento por vicio de

la educacion. Entretenerlos con purchinelas sería prolongar su infancia en lugar de avivar en ellos el uso del juicio.

Como se necesitan mayores esfuerzos para destruir una preocupacion que para libertarse de ella; y como vale mas dirigir el hábito que esperar la correccion de los defectos del trabajo de la razon, que se estrella facilmente contra el escollo de las pasiones; lejos de inspirar á los niños esos miedos, esos terrores pánicos de duendes, fantasmas, aparecidos, &c. que se borran muy dificilmente de la memoria porque el alma, conmovida por lo extraordinario, conserva siempre su impresion; no se les habla de esto mas que como de unas cosas quiméricas, para hacerles comprehender su extravagancia, y su ilusion: al contrario no se les entretiene mas que con realidades, no se les habla mas que de la razon, y sus mismos juguetes contienen ya las ins-

trucciones: se les divierte con rasgos clásicos que se les explican despues para separarlos así con tiempo de las impresiones peligrosas que dexan en su espíritu las ideas frívolas de los encantos, apariciones, &c. Si se fixa su atencion sobre varias cosas prodigiosas es unicamente para enseñarles que el mecanismo de los fenómenos está en la naturaleza, y lo maravilloso en la tunería y en el misterio que hacen de ello los charlatanes. Los niños llegan á ser filósofos, digámoslo así, en la edad en que la muñeca es regularmente el objeto de su ocupacion.

Se procura hacerles ver la baxeza y desprecio de los juegos de manos; divertimientos viles para las personas bien nacidas, y cuyas conseqüencias son algunas veces tan funestas.

Se acostumbra á los niños al uso de las dos manos, arbitrio utilísimo quando por algun accidente no pue-

de una persona exercer las funciones de la mano derecha: el querer hacer emplear esta con preferencia es una preocupacion pueril; la naturaleza no tiene derecha ni izquierda.

Siendo los Selenitas de la opinion de que la educacion pública debe preferirse á la doméstica, despues de que ésta ha hecho venir con anticipacion la edad de la razon, los niños entran á los cinco años en los Gimnasios públicos para empezar sus estudios, que tambien hay separados para las niñas.

Las escuelas, que por lo comun son en todas partes unos sitios perjudiciales á la salud, por el mal ayre que en ellos se respira al cabo de una hora que allí se está, son unas salas muy espaciosas, donde se renueva el ayre continuamente.

Presiden estos Liceos unos sabios encargados de enseñar á la juventud con sus discursos, con sus escritos, y sus exemplos. Los filósofos

mas célebres fundan su gloria en contribuir gratis á la instruccion pública, mirando como un tráfico indigno de la virtud el sacar su sabiduría á pública subhasta, y el extraer un tributo de sus luces, cuyo uso pertenece á la patria.

A excepcion de en la clase de los artistas, con quienes se trabaja principalmente para formar sus costumbres, para extender hácia un cierto punto las luces naturales, para inspirarles amor y fidelidad para con los Soberanos, consideracion para con los grandes, compasion para con los infelices, amor á la patria, y gusto hácia el oficio mismo de sus padres: la educacion es una misma para con todos los demas, libres en escogerse despues un estado conforme á su inclinacion ó á sus talentos, que se procura desenvolver, pero sin forzarlos.

Despues de los principios de la Religion, y de las obligaciones que ella impone de un modo tan suave

para con el estado, la sociedad, y para consigo mismo, el estudio de la Lógica y de la Moral, es la base de todas las instrucciones. Aquí creen que se necesita ante todas cosas aprender á formar sus costumbres para poder ser buen ciudadano, pensar con rectitud, y raciocinar con solidez, para grangearse la estimacion y la confianza de sus compatriotas, y hablar con pureza su lengua natural para amenizar y hacer agradables las conversaciones. Se enseña despues á calcular y medir con exâctitud; vienen luego la explicacion de la esfera celeste, y la física experimental, que extendiendo la vista espiritual, pone límites á la curiosidad. En fin, los jóvenes toman tambien una ligera tintura de la historia, de la geografia, y de la historia natural. En los ratos de recreo se da al espíritu la libertad de distraerse por medio de algunas sutilezas metafísicas, demostraciones algebraicas, experiencias eléctricas, y

del estudio de las lenguas extrangeras.

En lugar de sacrificar, como se hacía aquí antiguamente, un tiempo considerable (el mas precioso de la vida) en aprender algunas lenguas muertas ú otras cosas, que la razon ó el juicio mejor formados ya ponen en la necesidad de olvidarlas, los jóvenes por un método de estudio muy contrario se hallan á la edad de los diez años instruidos en todo quanto puede serles útil en el curso de la vida, qualquiera que sea el estado que escojan. Se emplean despues dos años en darles una idea de las leyes, de la política, del diseño, de la música, y de las artes en general.

Por último, se destinan otros dos años á los exercicios propios para formar el cuerpo, aumentar su fuerza, y darle agilidad, como en la danza, las armas, y la gimnástica. Así á los catorce años abraza cada qual su estado segun su gusto, su incli-

nacion, ó sus talentos (pues la ociosidad se mira como un vicio, y un desprecio de las obligaciones de la sociedad), eleccion casi siempre dichosa, porque está determinada por este instinto natural, guia mas segura que la razon misma.

Aunque el fin principal del Gobierno sea el formar buenos y útiles ciudadanos, tampoco se descuida en inspirar á la juventud el arte de agradar sin baxeza, y sin lisonja; cuidado tan necesario para realzar los encantos de la vida civil.

Hasta ahora extrañarás (dixo *Arzames* á nuestro filósofo) que no te haya hablado de la educacion correspondiente á las mugeres. Verdad es que con pocas palabras llegaré á enterarte de la diferencia que hay aquí entre la de ellas y la que has oido que se da á los hombres; pero aun así creyéndote fatigado remito a la conversacion siguiente la conclusion de este artículo.

CAPITULO II.

Continuacion sobre la educacion de los Selenitas. Arzames habla así á nuestro viagero sin preambulo ni otra introduccion mas que dirigirle la palabra.

Con muy corta diferencia relativa á la constitucion y á las funciones propias de cada sexô en particular, la educacion de nuestras mugeres es la misma que la de los hombres. Llegamos á conocer el abuso de la ignorancia con que se criaban antes las niñas sobre ciertas materias, cuya propiedad y exercicio son comunes á toda la humanidad. Se ha visto por experiencia que comunicándolas las luces de que una falsa y miserable preocupacion las habia privado, la carrera de las ciencias y de las artes se ha extendido, y que la sociedad gana mucho en ello, sin que pierda nada la economía doméstica, ramo perte-

neciente á esta bella mitad del mundo: puede asegurarse con verdad que ellas reciben hoy una educacion que tiene el medio entre la de las Sultanas, y la de las Amazonas; así se vió prontamente que no consistiendo la distincion de los dos sexôs mas que en la diversidad de los cuidados y de los trabajos, á proporcion de la fuerza y de la delicadeza, muchas mugeres, á las quales por una envidia baxa, y una ingrata política se habia excluido de los Tribunales y de las Academias, (donde sin embargo presidian varias veces en secreto) tomarian en ellos en lo sucesivo su asiento, como hacen hoy ya á cara descubierta, para su mayor honor, y el glorioso adorno de ellos.

Una buena educacion es el origen de todas las buenas costumbres, así como la descuidada es el germen de todos los vicios. En un buen natural (y hay mas de estos que lo que los Anales Cinicos publican)

ella fructifica felizmente ; quando menos reprime las inclinaciones viciosas, y si no logra triunfar de ellas absolutamente, á lo menos contiene sus funestos efectos. Todos los hombres tienen en el corazon un principio de justicia que preserva al estado civil de la mayor parte de las violencias á que está expuesto el genero humano. Para convencerse de que el hombre es menos malo que desgraciado, y de que sus inclinaciones tienen casi siempre su raiz en la buena ó mala educacion, basta considerar que los estados estan poblados de corazones justos y virtuosos: que en la compañía y con el trato de las buenas gentes se llega á serlo ; que los soldados mas disolutos no necesitan mas que pasar á otros cuerpos mejor disciplinados para coger al punto su espíritu y las máximas ; que quando las pasiones llegan á amortiguarse, el corazon se corrige prontamente de sus extravíos ; que nunca el vi-

cio disfruta de una verdadera paz, y que aun la maldad mas extremada jamás se vé exênta de remordimientos.

Tambien hemos llegado á conocer (continuó Arzames) la injusticia y los riesgos que hay en encerrar á los jóvenes en las casas de correccion por algunos defectos ocasionados por las malas compañías, ó por perniciosos exemplos, tomados casi siempre en el interior de sus propias casas. Los jóvenes, susceptibles de toda suerte de impresiones, son por su desgracia y frequentemente víctimas de los modelos corrompidos que tienen allí presentes. Se pone inconsideradamente una mancha indeleble á su reputacion quando se castigan con demasiada severidad sus extravíos, como unos delitos declarados ; y la naturaleza de este castigo no produce por lo comun otro efecto que el de quitarles en esos encierros la poca inocencia que allí llevaron.

Para facilitar el adelantamiento y los progresos de los estudios, hemos dado con el arbitrio no de aumentar la memoria (pues todos los racionales nacen con una porcion suficiente de esta facultad, que no necesita mas que de exercicio para extender sus propiedades, y de órden para recoger el fruto), sino de precaver su disminucion que proviene de un uso desarreglado de las lecturas, como tambien de las ocupaciones de una vida agitada. Hemos reducido á principios el modo de conservarla, arreglando metodicamente en el cerebro lo que debe quedarse en él. Los materiales no pueden unirse allí, ni adquirir alguna solidez, si el juicio y la reflexîon no los disponen de modo que un estudio no perjudique al otro. Para esto se necesita trastornar el órden que se vé en las plantas, y darse priesa á recoger los frutos antes de adornarse con las flores.

Tambien nos ha salido muy bien

el acostumbrar á los niños á meditar, en lugar de estudiar en voz alta, porque llegamos á notar que quando se pronuncian recio las palabras no se retienen sino los sonidos, que un torrente de ideas se lleva continuamente. En el silencio, la atencion desenvuelve los pensamientos que á los principios parecian obscuros, y que enredados entre los sonidos se hubieran quedado siempre tales en la imaginacion. Se coge mejor lo que se lee que lo que se oye leer. La concatenacion de los raciocinios no se interrumpe por las distracciones, y así quedan siempre unas impresiones mas vivas y permanentes.

La necesidad de saber bien la lengua propia es de mucha importancia en todos los estados de la vida. El abuso de un término obscurece una idea. De la obscuridad de las ideas provienen muchos males para el corazon y para el entendimiento. ¿Quántas guerras crueles,

quántos pleytos ruidosos, y enemistades particulares han tenido su origen en un término ambiguo, ó en una expresion equívoca, interpretada de diferente modo en las leyes, en los tratados, en los testamentos, y en los contratos?

Uno de los principales objetos de la educacion es la instruccion de la lengua nativa. Ella es muy necesaria en todas las circunstancias de la vida, siendo así que el uso de las lenguas muertas ú extrangeras es muy raro; suple tambien ella la falta de unas y otras, desde que se han hecho tantas y excelentes traducciones de casi todo lo que los antiguos y las naciones mas instruidas han escrito.

Mas cuidadosos que los de vuestra tierra en precaver los inconvenientes que pueden nacer de la ignorancia de la lengua materna, criamos desde la cuna (como te dixe anteriormente) los niños de modo que puedan hablar con pu-

reza. Con tanta facilidad aprenden un término bueno como uno malo. Apenas los vemos en estado de formar sentido, quando no se les permiten las frases pesadas, ni ninguna expresion viciosa, así es que no se oyen entre nosotros las palabras vacías de sentido que se repiten continuamente en vuestras conversaciones, ni aquellos términos baxos y corrompidos que usan entre vosotros aun las personas bien nacidas.

Me admira vmd. seguramente (le dixe á Arzames con una especie de vehemencia). Las personas de buen nacimiento en mi tierra hablan elegantisimamente; si aun las señoras mismas, sin estudio alguno, dan la ley á los escritores, y aun á los poetas.

Sea en hora buena (respondió friamente Arzames) pero por eso no dexa de ser vuestra opinion una preocupacion. Ese es el efecto de la poca atencion que poneis allá, tan-

to quando ois hablar, como quando hablais; sí, es el efecto de distraccion habitual con que se entiende lo que se quiere decir, en lugar de lo que se dice; en fin de que no os tomais el trabajo de estudiar vuestra lengua que creeis poseer porque se la habla maquinalmente, tal qual en el recinto de las paredes que os han visto nacer, donde hay alguna universidad, y una dosis muy suficiente de vanidad en todos; pero desengañaos, querido mio, el conocimiento de las frases, de las delicadezas, y de la verdadera significacion de las palabras de la propia lengua, no se adquiere con la sola comunicacion, ó con la lectura rápida de las novelas, sino con un estudio profundo, con el exercicio, y con una continua observacion sobre sí mismo. Te lo repito porque lo sé de cierto, que aun en la capital misma de tu nacion, exceptuando la parte principal de las personas de la Corte, y

algunos literatos, á quienes el estudio preservó del contagio, nadie mas hay, sea quien quiera, cuyo estilo familiar carezca de términos corrompidos, de frases tribiales, y de expresiones defectuosas que echan á perder un discurso. Pon cuidado en la mayor parte de las conversaciones y te convencerás facilmente de que si se quitáran las palabras, tan repetidas como inútiles, á la travazon del discurso, quedaria en él, poquísimo de esencial. Observa atentamente esos freqüentes, *dice*.... que dan náuseas; esas clavijas que aprietan á las frases sin necesidad *positivamente .... yo le aseguro á vmd.... por último, señor mio .... ¿tengo razon ó no? .... Como pongo por caso .... me entiende vmd.?* &c. &c.: ese término tan impropio y molesto de *esto*, ó *cosa*, para reemplazar á los nombres que la irreflexîon, la viveza, ó la distraccion no dexan presentarse al pensamiento: *Deme vmd. esa cosa .... yo he sabido la cosa esta*

de, *&c.* Término baxo, casi siempre ridículo, y por lo comun indecente, que lo significa todo si se quiere, pero que no exprime cosa alguna.

No hablo aquí de esos errores de costumbre, cuyo exámen hace conocer el defecto, y de los quales deberia expurgarse la lengua, como el decir: *atar las manos detras de la espalda*, siendo así que atadas al lado opuesto no podria decirse detras del pecho, detras del estómago, *á caballo sobre una mula, sobre un asno .... la mayor parte de los hombres son inconstantes*, quando con rigor debe decirse *es inconstante .... yo lo he visto por mis propios ojos*, como si físicamente hablando pudiera verse tambien con los agenos: *una alma bien nacida.* Nadá digo de infinitos absurdos que el uso, tirano de las lenguas, ha autorizado, y que empleados en los escritos por buenos autores, deben ser recibidos y aun respetados, á pesar de los gritos de la razon.

Sin duda querrás (añadió Arzames al concluir sus observaciones) que te cite yo los defectos particulares que he oido freqüentemente en el estilo familiar, y en la conversacion de las personas que creeis vosotros que pueden enseñaros á hablar bien; así lo haré en una de nuestras conferencias siguientes.

CAPITULO III.

Estado de la Literatura en la nacion Selenita.

Sobre el principio incontestable de que la dificultad no añade ningun mérito á una obra (como no sea en las recopilaciones é investigaciones laboriosas sobre la historia, la antigüedad, la cronología, &c. donde el ingenio contribuye muy poco) las disputas y las guerras suscitadas entre la rima y la razon se habian finalizado naturalmente, á favor de la ultima, que no escribia mas que en prosa, estilo natural del buen juicio. La rima, igualmente que los duelos, debió su orígen á la barbarie. Un siglo ilustrado debió desterrarla del imperio de las letras. Nuestros Selenitas no la empleaban mas que en los principios de algunas ciencias, escritos para el uso de la juventud, á fin de que se les quedasen en la memoria con mas facilidad.

Se miraba como perdida la preciosa parte del tiempo que se gasta vanamente en romperse los sesos para encontrar y acoplar dos consonantes con la mira de hacer mas brillantes los pensamientos que no deben satisfacer mas que al talento, al corazon y la razon, y que no conducen comunmente sino á alterar ó desfigurar lo moral, el juicio, y la verdad. Por otra parte la inversion en el discurso, que produce en parte el mérito del lenguage poético, parecia tan opuesto á su verdadera construccion, como se hallaria extraño un edificio en que los sótanos se pusiesen sobre el techo, y los graneros en los cimientos, ó como una nave cuyos remos se colocasen sobre la gavia, y las velas en el fondo de la bodega. ¿Y qué desórden no deberá resultar del trastorno de las palabras, sabiendo que hay tales versos latinos ó italianos de seis palabras, que pueden trastornarse de mil maneras?

El espíritu filosóficó, que no admite sino lo que está marcado con el sello de la claridad y de la verdad, habia sacudido el ultimo golpe á la rima, que no es mas que un juego seductor, y un abuso del ingenio. No siendo el verso en sí mismo mas que un adorno del pensamiento, y no un arte de hablar mejor, no puede él ser de ningun modo el lenguage de la naturaleza: un qualquiera se explica algunas veces muy bien sin estudio, y un poeta raciocina mal con bastante freqüencia, á pesar de un penoso trabajo: á favor del brillante barniz de la rima pasan muchas cosas malas, así como suelen debilitarse las buenas.

La precision de sujetar un pensamiento verdadero y exâcto produciendo este inconveniente, la necesidad de trastornarle (1), de re-

(1) *Aut qui non verba rebus aptant, sed res extrinsecus arcessunt, quibus verba conveniant.* Quintil. lib. 8. cap. 3.

fundirle, y de sacarle de la sencillez y de la verdad, que constituyen su carácter, causa indispensablemente, que la versificacion mejor, y mas brillante, esté en los mejores autores llena de equívocos, de faltas de elocucion, de sentido, y de construccion, porque atormentado el juicio, y atado el ingenio, no conciben mas que fetos defectuosos y monstruos. Un analisis bien hecho de las obras de los poetas mas célebres ha demostrado esta verdad, desengañado el oido, y disipado el encanto seductor del consonante.

A los principios el destierro de la rima habia exâltado la vanidad de algunos jóvenes que se creen favorecidos por el cielo de este don superior que se llama entusiasmo poético, fuego divino, &c.; pero ellos llegaron á conocer prontamente los perjuicios de un uso dañoso á los progresos de la razon, y como es mas juicioso el alimentar el en-

tendimiento con cosas, que el oido con sonsonetes (1); así se vieron brotar prontamente algunas obras admirables en todo género, en las quales la concision, la limpieza, la medida, la verdad, y la energía encantaban seguramente; y en lugar de atormentarse neciamente para poner á Telemaco, al Avaro, y á Cenia en verso, hubiera valido mas traducir en prosa la Araucana, la Raquel, Virginia, &c.

El versificar qualquiera pieza Dramática es una manía de las mas raras. En efecto, ¿no es extrañó que el poeta se tome el trabajo de rimar una pieza, quando el grande arte del actór al representarla consiste en hacer desaparecer del verso el consonante y la medida?

Si los primeros libros se escribieron en verso, antes que se usase el escribir en prosa, como preten-

(1) *Plus sonat quam valet.* Senec. Ep. 40.

den algunos, debió ser sin duda con la mira de ayudar á la memoria en el estudio de las Leyes, de la Filosofia, de la Teología, &c.; pero despues que los elementos de las ciencias estuvieron establecidos, este método se hizo ya superfluo.

La Poesía es un don que reparte el cielo; la versificacion es un arte puramente mecánica en el arreglo de las partes de una máquina, cuyo inventor es el poeta. La disposicion de las letras para formar con ellas palabras, y de las palabras para juntar las frases es la tárea del operario que no fabrica sino sobre los diseños del Arquitecto.

Así que la Poesía rimada no es mas que un arreglo de palabras, y casi siempre un desórden de cosas que cada poeta dispone á su modo.

El uno arregla el primer verso, que por la costumbre de juntar las palabras le viene siempre con bastante facilidad, y busca despues un

pensamiento para juntar con él lo que debe seguirse.

El otro principia por el segundo verso, y nada se le da de su union con el primero, de modo que muchas veces no dice lo que quisiera, y dice lo que no quisiera decir.

Otro acorta ó alarga un sentido perfecto para finalizar su periodo; quita una palabra necesaria, ó inxerta un epiteto inútil, y llega así á hacerse obscuro, ó á decir en dos versos lo que hubiera dicho en uno solo.

La versificacion rimada, por mas que digan sus sectarios, no es propiamente hablando mas que el arte de engastar los pensamientos, de hacer pasar por fino un pensamiento sencillo, uno comun por nuevo, y de robar impunemente sin pasar por plagiario. Así con el arte de hacer un verso se pueden hacer facilmente mil epígramas, sin haber concebido un solo pensamiento.

La violencia de la versificacion apaga el fuego del entusiasmo: precisado á pararse mucho tiempo sobre el mismo pensamiento, y á exercitar allí su paciencia, el ingenio se marchita y se adormece. Si por casualidad al buscar un consonante se da con un buen pensamiento, por mas delicado y sublime que sea, se le desecha á causa de no poderle hacer entrar en los límites del verso, ó por no poderle concordar con el cascavel del asonante. La Poesía rimada sería sin duda superior á la prosa poética si pudiese agradar á un mismo tiempo y con igualdad al entendimiento y al oido; pero se queda muy atras porque no puede satisfacer al uno sin que sea á costa del otro. Para gustar de la prosa basta el tener sentimiento. Para que los versos agraden se necesita estar habituado á ellos. Luego la rima no es natural.

Reflexiónese sobre esto á sangre fria, y se convencerá qualquiera de

que los versos rimados no tienen ni aun un ayre serio, y que solamente la costumbre impide el conocer sus absurdos ó su barbarie.

En la prosa lo esencial es el fondo de las cosas; en el verso lo es el estilo. Se necesita pues mas talento y pensamientos en la prosa que en el verso, donde la mediocridad se encubre con el barniz de la rima. El versificador por lo comun no es mas que un artista sin talento, que procura mas que agradar seducir: hace mas por cegar con falsos brillos, que separan la atencion del fondo ingrato de su obra, que por encantar.

El deseo de brillar en una carrera donde todos no pueden sobresalir, anima á los jóvenes, que se cansan prontamente en la carrera, y se ruborizan de haberse fatigado sin haber hecho cosa alguna. Escribir en verso es gastar mucho tiempo en componer una obra que no puede agradar universalmente, pues

que no pudiendo pasar á las naciones extrangeras mas que por la traduccion, pierde siempre mucho de su gracia, de su energía, y de su colorido, quando el prosista se pasa allá tal vez con todas sus gracias.

Tampoco es muy comun el que la Poesía se acompañe con la razon; ésta se somete con demasía al ingenio (1), y no consiste en la cadencia de sonidos repetidos: un buen pensamiento no es mas gustoso porque esté rimado, y por lo comun como se presenta es afectado, forzado, ridículo, ú obscuro. No hay duda que parece uno mas alto sobre zancos; pero ¿se creerá andar con mas seguridad?

El vencimiento de la dificultad es el mérito aparente de la Poesía rimada: los anagramas, los acrós-

(1) *Scribendi recte, sapere est & principium & fons.* Horat. art. poet. v. 309.

ticos, los pies tienen la misma utilidad; pero la victoria cuesta mucho regularmente, y nunca es completa.

La Poesía es para el alma, la versificacion para la oreja.

Los abusos de la Poesía son infinitos. La hemos visto sembrar la supersticion sobre la tierra, y plantificar al crimen en el cielo.

Un epígrama ha manchado muchas veces la reputacion de personas muy honradas, y costado la vida ó la estimacion pública á varios autores.

Llegaron por ultimo á conocer aquí á pesar de la preocupacion general, que léjos de que se debiese á los poetas la perfeccion de las lenguas, ellos por el contrario las habian mutilado á fuerza de disecarlas, y que somos deudores de sus progresos á los buenos escritores en prosa.

Como deseo que puedas hacer tus observaciones acerca del estado

actual de esta nacion, corroborándolas con una juiciosa reflexîon, la qual necesita que el hombre en la soledad se entregue á sí mismo, me parece conveniente que interrumpamos aquí nuestra conversacion, que continuarémos despues hasta que te enteres del estado de nuestra literatura. Yo volveré á buscarte á este efecto. Hasta despues (dixo Arzames) y al punto desapareció.

CAPITULO IV.

Prosigue el Diálogo entre Arzames y el Filósofo Europeo sobre el estado de la Literatura en Selenópolis.

Siendo la crítica (dixo Arzames) mas dañosa que útil para los progresos de la Literatura, quando no se contiene en los límites de la razon y de la equidad, se estableció aquí un tribunal del gusto compuesto de personas sabias y prudentes, que tenian la jurisdiccion para sentenciar, sin lugar á apelacion, sobre todas las disputas literarias.

Las obras se exâminaban en él con todo cuidado, antes de permitirlas la impresion. No bastaba para esto que no contuviesen cosa alguna contraria á la Religion, á las buenas costumbres, ó al gobierno, sino que se necesitaba además que se las juzgase buenas, y que con-

tuvieran algunas ideas nuevas y útiles; de otro modo no se las daba el pase. Si la produccion era puramente de recreo, estando escrita con un estilo vivo, ingenioso, conciso y brillante, decretaba el tribunal que era propia *para desahogar el espíritu por un rato.*

Para sofocar las conseqüencias de las disputas literarias, que degeneran por lo comun en indecencias y en invectivas poco honrosas á los Literatos, los Litigantes estaban obligados, antes de entrar en la lid, á establecer claramente la qüestion que se disputaba en la Academia. Sola esta precaucion cortaba ya la mayor parte de las disputas en su nacimiento. Quando dos quieren entenderse, no tardan en ponerse de acuerdo. En las disertaciones fisicas sobre los fenómenos habia igualmente la obligacion de probar los hechos antes de someterlos á la discusion. Así se ahorraba por lo comun la necedad de buscar como Demócri-

to (1) la causa de lo que no es. El proceder de diferente modo es lo mismo que componer remedios para enfermedades imaginarias, ó que establecer leyes para reformar abusos que no exîsten.

Se dexaba así á cada uno la libertad de dar difiniciones de los seres metafisicos segun su gusto: esta suerte de obras servian de recreacion. Por exemplo *se habian dado dos mil difiniciones del espíritu, todas diferentes, y todas justas.*

Sin embargo se dexaba abierto el campo á la crítica; pero los maestrillos de este arte eran unos objetos mas despreciables que aquellos

(1) Se sabe que quiso llegar á conocer por qué unos higos que le habian dado estaban dulces, y que se puso muy colérico contra su criada, quien le respondió sencillamente que ella los habia tenido en un vaso donde habia habido miel. El se irritó porque ella le quitaba la satisfaccion de hallar la causa de lo que no habia sido.

seres indefinibles que siembran el fastidio y el disgusto en la sociedad. Por lo tocante á los plagiarios, ladrones de la literatura, se les trataba como á corsarios.

Los diaristas y los críticos de profesion sometidos por estado á la autoridad del tribunal del gusto, tenian la obligacion de sostener ante él sus censuras, y de hacer reparacion auténtica á los autores heridos por las flechas iniqüas de la envidia, de la malignidad, ó de la sugestion.

Se habia proyectado (hacía bastante tiempo) disminuir el número de periódicos, sin consideracion al comercio del papel, de la tinta, y de las imprentas, para economizar el tiempo y el dinero de aquellos á quienes arruinaba la compra de semejantes obras, por la mayor parte apreciables. Para contener la multiplicacion de ellas se decretó que ningun periodista pudiese tratar las materias de que estuviese

encargado otro. Así á cierto Periodista, atrevido campeon, que daba á nombre suyo dos pliegos por semana, se le limitó á la simple literatura con expresa prohibicion de poder hablar de ningun modo de las ciencias ni las artes, sobre las quales se habia él abrogado el derecho de discurrir tan neciamente como pudiera hablar el mas inepto sobre la Filosofia de Neuton: *non sacrâ profanis.* Reducida así su obra se la destinó para el recreo de las Provincias; pero como al mismo tiempo se le obligó á la moderacion en sus escritos, á la fidelidad en sus citas, á la circunspeccion para con los autores célebres, y á la imparcialidad en sus sentencias; como asimismo se le prohibieron los equívocos maliciosos, las chanzas ofensivas, y las sátiras amargas: su pobre obrilla, que habia ya sido desaprobada de las personas íntegras, destituida entonces de estos ingredientes que habian hecho que la

buscára la multitud ignorante, perezosa y maligna, se quedó tan insípida, que prontamente disgustó hasta á los cerebros débiles; y naturalmente cayó en el olvido.

Otros varios diarios, de una contestura muy semejante, fueron reunidos en uno solo, y se suprimieron enteramente otros muchos.

El tribunal del gusto, depositario de la gloria de la nacion, velaba con el mayor cuidado para que no se publicase ninguna obra que la marchitase. Para ocurrir al principio á los inconvenientes de la vanidad de escribir, los jóvenes á quienes estrechaba este deseo se presentaban á exámen sobre toda suerte de materias, y se les señalaba el género de obras para las que se les creia propios. A un tal que se inclinaba á escribir la historia se le reducia á componer romances; á otro en lugar del coturno no se le dexaba calzar mas que el vorcegui; á aquel se le restringia á poner en

prosa clara alguna pieza que su presuncion le habia hecho escribir en versos flojos, campanudos y obscuros; á otro que proyectaba un poema épico se le limitaba á unas coplas; por ultimo, á infinitos se condenaba á un silencio eterno. Puesto cada uno en su esfera trataba así con buen éxito algunas materias que él no se hubiera elegido, quando hubiera naufragado en aquellas á que tenia mas inclinacion que talento.

Pero como en ciertos géneros que habian sido ya profundizados, y sobre los quales se habian agotado todos los cálculos posibles, no quedaba que poder hacer, se permitian solamente los extractos hechos con cuidado y gusto, las máximas, los preceptos principales en las ciencias y artes. Así es que los volúmenes inmensos, cuya mayor parte se repetia baxo de diferentes títulos, se habian refundido en colecciones muy pequeñas. Estos compendios se llamaban el *elexir*, ó la

quinta esencia de los principios y de las reglas de una ciencia, ó de un arte.

Como es cosa necia y superflua el procurar inventar sobre las materias agotadas, se limitaba qualquiera á ser sabio en ellas con las luces de otros, y á exercitar su talento en asuntos que aun no se habian tratado, ó en que no se habia conseguido el grado de perfeccion. De este modo no se vieron ya gemir las prensas con el peso de tantas piezas poéticas, de historia, de filosofia, de discursos sobre la mitológia, de elementos sobre las ciencias, &c.

Sucediendo pocas veces que un athleta en el calor del combate se halle en estado de conocer el momento en que sus fuerzas empiezan á debilitarse, el tribunal del gusto imponia silencio á un autor quando la edad empezaba á enervar su ingenio, para salvarle, á pesar suyo, del escollo de su gloria.

Por la misma razon no se permitia la impresion de las piezas de teatro, que debian su triunfo al único talento de los actores.

Habiendo llegado á hacerse las ciencias de una excesiva extension en órden á la multitud de descubrimientos que se habian hecho en el discurso de varios siglos, no se exîgia de ningun hombre la ciencia universal, particularmente sobre la Historia, la Física, y la Cronología. Hombre de letras era aquel que con una tintura de todos los conocimientos humanos era profundo en la parte que él cultivaba con preferencia, con un gusto seguro, y siempre guiado por el espíritu filosófico.

Por medio del gusto de la sana crítica, universalmente conocido, cada qual contribuia á alentar á los talentos nacientes en lugar de desanimarlos con una censura demasiadamente rígida, ó con chanzas insipidas. Las críticas sazonadas, co-

mo instrucciones suaves y utiles, conducian á los jóvenes que las recibian con mas gratitud que sentimiento.

El que intentaba entrar en la carrera dramática debia presentar tres piezas en un tiempo señalado.

La caida de una tragedia nueva, donde se notaban algunas verdaderas bellezas, procuraba á su autor una pension, de la qual se rebaxaba la mitad, si la segunda no tenia ningun éxito. En la tercera perdia la otra, si caía, despues de lo qual se le prohibia volver á trabajar para el teatro.

La pension era doble para las comedias de carácter en cinco actos, y se quatriplicaba para las operas; todo con proporcion á la mayor dificultad en las composiciones.

Baxo la proteccion de unos Mecenas muy instruidos, y en defensa contra la crítica apasionada, vimos en poco tiempo á algunos genios llenos de un nuevo ardor llegar

á la cima del Parnaso. Aquel que débil en su aurora, y á quien una censura rígida hubiera sofocado, eclipsó en su medio dia á todos sus rivales.

Con semejantes medios la emulacion y el deseo de la gloria, que no excluyen el interes personal, extendieron la carrera de los talentos; el gusto se purificó, y la nacion se procuró unos deliciosos placeres, habiendo recogido laureles inmortales é incomparables.

CAPITULO V.

Usos, costumbres, y opiniones de los Selenitas.

El espíritu filosófico, habiendo extendido entre nosotros la carrera de las ciencias y artes, habia producido en las costumbres una dichosa mutacion que influyó sobre todos los estados, sobre todas las condiciones, y sobre todas las compañías.

El gusto de la agricultura y del comercio, tan descuidado y aun despreciado anteriormente, se apoderó de todos los espíritus. Los honores concedidos por el Soberano á todos los que se distinguiesen en estas dos profesiones, que son la base de la felicidad de un Imperio, y las dos columnas sobre que estriba todo el edificio político, habian destruido la fatal preocupacion que los tenia esclavizados en una vergonzosa obscuridad. Léjos de aver-

gonzarse de estas profesiones, se gloriaba qualquiera de contribuir por medios tan laudables á la felicidad de la patria.

La humanidad habia llegado á ser una virtud natural de todos los grandes. El respeto y la sumision á las órdenes del Príncipe, imágen de la inteligencia Soberana sobre la tierra, estaban tan profundamente grabadas en todos los corazones, que la vida de los Monarcas tenia en ellos la mayor seguridad contra los accidentes mas funestos. Así es que iban siempre sin guardias, y sin este aparato que en su origen no demostraba tanto la grandeza como la desconfianza del que gobierna. El amor de los vasallos para con el padre de la patria habia destruido el germen de las guerras civiles.

Los duelos cuyo furor los edictos mas rigurosos no habian conseguido mas que adormecer, se apagaron enteramente á favor de las

luces de la filosofia: se llegó á conocer generalmente, que un vasallo no debe emplear su brazo mas que para el servicio de su príncipe y de su patria, y que debia confiar á la justicia el cuidado de vengar las afrentas y los agravios particulares.

Esos tribunales establecidos en su orígen justa y debidamente para conservar la pureza de las costumbres y del culto religioso, estaban reducidos con la mayor prudencia á no castigar mas que el escándalo, segun el espíritu de su primera institucion.

Los jóvenes no se hacian un honor de desacreditar á aquellas personas que estableció el ministerio para su propia defensa y la seguridad pública.

El espíritu filosófico habia hecho á la nacion mas séria; pero sin que hubiese perdido por eso esta amable alegría, que de ningun modo es incompatible con la razon. Así es que habian decaido natural-

mente esas juntas de las casas de juego, de las fondas, de los cafés, &c.

Se notaba por todo el imperio la vigilancia y atencion del gobierno para procurar al pueblo la seguridad, la comodidad, la mejoría en todo, y el libre exercicio de la industria.

Todos los caminos reales estaban plantados de dos filas de árboles útiles, y las costas de mar de plantíos, propios para la construccion de la marina y de los edificios.

Se habia aumentado considerablemente el comercio, y la abundancia que él procura por todas las partes de un estado, multiplicando á este efecto los canales de comunicacion con los grandes rios y los grandes caminos, solidamente construidos y conservados con cuidado. En cada milla se encontraba una pirámide de forma quadrada, cuyos ángulos correspondian á uno

de los quatro vientos principales, con inscripciones grabadas de bronce, que indicaban las rutas, y que señalaban exàctamente las distancias de un lugar á otro, y sus correspondencias con las capitales de diez á diez millas. Habia tambien sobre la cima de la pirámide un relox á que se daba cuerda dos veces al año, y se encontraban puentes de piedra por todo parage donde habia necesidad.

Para mantener una correspondiencia exâcta, y facilitar los viages por toda la extension del reyno, se habian establecido, á costa del Estado, sobre todos los principales caminos, unos carruages cómodos y diligentes, que servian en primer lugar para el porte de las cartas, y donde además qualquiera podia tomar asiento, y pasar por una suma bastante moderada á lo último del Imperio, y respectivamente á los lugares menós distantes.

Los cuidados del Gobierno ha-

bian provisto á todas las necesidades de los viageros ; pero las leyes de la hospitalidad, cuyos archivos solo se encuentran en los corazones, habian destruido naturalmente esos refugios mercenarios, establecidos por el interes: en las ciudades todos se disputaban á porfia la dicha de recibir y tratar bien á los huéspedes. Los grandes y los ricos habian fundado varios hospicios, abiertos gratuitamente, en los parages remotos ó desiertos, á los que la naturaleza habia negado un suelo propio para ser habitado. La mayor utilidad que pudo procurar el arte hidráulico, que poseian los Selenitas en sumo grado, fué la de que todas las campiñas estuviesen cortadas por canales mas altos que los terrenos cultivados, y retenidos por diques. Estos canales tenian comunicacion por los rios de donde recibian con abundancia la agua que se repartia entre las tierras segun su necesidad. Por este medio los pastos eran

muy abundantes, y jamás se experimentaba la escasez, causada por la sequedad.

Para alentar á los talentos, y las virtudes utiles al bien del Estado, se elevaban estatuas, columnas, ó pirámides á todos los que se distinguian en la carrera militar, en los grandes empleos, ó en los cargos públicos; pero se contentaban con alabar la memoria de las personas honradas, al tiempo de su muerte, con elogios fúnebres, utiles para la instruccion de los demas. Los monumentos reservados para la gloria y las acciones brillantes, y para excitar la emulacion á contribuir al bien público, no habrian venido bien aplicados á las virtudes civiles, que deben honrarse en silencio, y que no causan admiracion mas que en un siglo corrompido. Esto sería elogiar á un hombre porque no hubiese cometido delitos. La mayor prueba de la depravacion de las costumbres es el condecorar con

nombre de virtud lo que no es mas que el cumplimiento de sus obligaciones.

Nunca se dexaba sin recompensa una obra maestra de qualquier arte, ó un descubrimiento útil en las ciencias; esto se verificaba repartiendo coronas, y otras distinciones gloriosas, mas lisonjeras para los genios superiores, que las mismas recompensas.

Pero los autores de sátiras y de libelos disfamatorios eran deshonrados y castigados rigurosamente como asesinos y emponzoñadores, tanto mas peligrosos quanto su profesion se esconde entre las tinieblas.

Habia tambien varios premios fundados en las academias para la Poesía, la Eloqüencia, y la Física; porque es evidente que necesita el hombre de estos nobles recreos, que en las almas bien formadas producen siempre algunos bienes públicos. Pero los mas con-

siderables se aplicaban á las investigaciones y descubrimientos utiles al bien del Estado; esto es, al cultivador que hacía mayor cosecha, al artista, que sobresalia en industria, al que inventaba la máquina mas sencilla, al fundador de una manufactura, al autor de un nuevo ramo de comercio; y las artes mecánicas tenian la misma consideracion que las liberales, porque se estimaba tanto, si no mas, á los hombres ocupados en hacernos dichosos, que á aquellos que procuran hacernos creer que lo somos.

La costumbre, que mereceria sin duda se siguiese é imitase por todos los pueblos sensatos, es la de que se enviaban de diez en diez años á viajar por los paises extrangeros varios sugetos escogidos, para que recogiesen todo lo que pudiera haber por allá de bueno y útil para el Estado, y para la felicidad pública. Los tales debian tener quarenta años cumplidos, un

talento bueno, y adornado de conocimientos, particularmente sobre las leyes de su pais. Con buenos ojos se ven siempre en los viages muchas cosas, que otros no han visto, ó que las vieron mal, que viene á ser lo mismo.

Estas abejas filosóficas, que se cansaban, digámoslo así, en su tierra, y no se llevaban á fuera mas que su inteligencia, volvian siempre cargadas con un precioso depósito de ideas, y de descubrimientos utiles y propios á curar el espíritu de aquella multitud de preocupaciones nacionales, que el uso, en oprobio de la razon, consagra y perpetúa, tanto mas quanto el hábito no permite que se las conozca.

Habiéndose fixado los ojos de los Príncipes sobre el comercio y la poblacion, se habian, como diximos ya, multiplicado por toda la nacion Selenita los canales y caminos, que facilitan el transporte de las

mercancías y géneros de comercio: estos estaban sujetos á unos impuestos ligeros que no excitaban al fraude; pero los de primera necesidad estaban absolutamente exêntos: los objetos de luxo eran los únicos que pagaban; y la industria, libre siempre, lograba sus exênciones, aunque nunca privilegios exclusivos.

La exportacion estaba exênta de todo derecho, al contrario que el género extrangero introducido, sobre el que se cargaba bien; pero tampoco pagaba mas que á la entrada del reyno. La multitud de aduanas de una provincia á otra es odiosa y perjudicial á unos vasallos que obedecen á un mismo Soberano. Ella es un impedimento para la circulacion del comercio interior, cuya libertad procura la abundancia á todas las partes del Estado.

Siendo el crédito la alma del comercio, el movil de las fortunas,

y de los arbitrios de la nacion, las leyes habian determinado sabiamente todo lo que podia mantener la confianza, y asegurar la suerte de los acreedores. Se castigaba con severidad á los usureros, pero no se trataba de usura; al contrario se miraba como una puerta abierta á la industria todo contrato, en que es mejor la suerte del que recibe en préstamo, que la del que presta.

Tantas veces se habia intentado inutilmente favorecer á la poblacion, por medio de exênciones concedidas á los que diesen mucho número de ciudadanos al Estado, que se resolvió por ultimo suprimirlas enteramente; pero por medio de protecciones singulares, y de socorros efectivos, dispensados á la agricultura, se habia hecho ver á los labradores el mucho número de hijos como un bien real, necesario para el cultivo. Allí no habia mas privilegios particulares que los concedidos á las madres que por sí mis-

mas sustentaban á sus hijos.

En tiempo de guerra el comercio permanecia libre entre las naciones beligerantes. Se contentaban las partes, segun las rigurosas reglas del desgraciado derecho de la guerra, con no hacerla mas que entre los soldados. Ni aun á los equipages se tocaba. En los sitios solo se dirigia el ataque contra las fortificaciones. La ruina de las tierras, y el incendio de los edificios se miraban con horror. Esto era hacer un mal que se juzgaba necesario, del modo menos funesto que fuese posible.

Los príncipes se respetaban en las declaraciones ó manifiestos de la guerra. Estos, cortos siempre, contenian sencillamente la exposicion de los derechos, los agravios, y los motivos para tomar las armas, sobre los quales, sin citar acusaciones é injurias, poco dignas de la magestad, reclamaban los Soberanos, en virtud de la justicia de su

causa, la proteccion del Sér supremo.

La horrorosa máxîma de ciertas naciones políticas, que admiten el derecho de gentes, de ofrecer premio por la cabeza de un enemigo, irrita la humanidad. Esto solo puede tolerarse para con un vasallo rebelde, ó con un traidor á su patria: monstruos condenados ya por las leyes, y de los quales permiten la razon y el interes de la seguridad pública libertarse por los medios mas violentos.

Los analistas, diaristas, en una palabra, todo autor periódico, contenidos con prudencia en los límites del respeto que se debe á todos los Soberanos, no se arrebataban en tiempo de guerra contra sus sagradas personas por medio de rasgos indecentes, de sátiras odiosas, y de calumnias atroces, que en tiempo de calma arrastran consigo la vergüenza y el arrepentimiento. Las injurias no tienen que ver con el

derecho y las invectivas le degradan. El soldado, animado solamente por el amor de la patria, y por la defensa de su amo, no se veia excitado con su valor brutal y foragido, sino solamente conmovido á sostener por su honor la justicia de la causa comun; motivo mas poderoso que el de la venganza para producir acciones gloriosas contra unas naciones, enemigas por un instante, cuya amistad volverá á buscarse, en quanto los derechos respectivos se aclaren, y á las que habrá la precision de respetar en quanto se haga la paz. ¡Permita el cielo que estos sabios principios de los Selenitas ilustren algun dia el corazon de todos los pueblos del universo.

CAPITULO VI.

Continúa la descripcion de los usos, costumbres, y opiniones de los Selenitas.

Para acostumbrar al pueblo á no dar á las noticias públicas mas que un cierto grado de creencia, á lo último de cada año se repartia una gazeta con todas las falsas que habian corrido en aquel espacio de tiempo.

Un principio de justicia y de equidad habia hecho establecer un impuesto que en tiempo de paz formaba la mayor parte de las rentas públicas. Todo poseedor de bienes raices le pagaba, sin que ningun privilegio pudiera exîmirle: sola la industria estaba exceptuada, con tanta mas justicia quanto ella aumentaba tambien su producto. En tiempo de guerra, la décima, la vigésima, y hasta la quingentésima se cargaba sobre el producto limpio

de los mismos bienes, segun las necesidades del Estado. La percepcion de estos impuestos se hacía con la mayor economía. Ellos son los mas equitativos y justos, y los menos expuestos á contradicion, quando el propietario tiene la eleccion de pagar en especies ó numerario. Una reparticion proporcionada á nadie agovia, ni excita quejas: el verdadero ciudadano jamás debe creerse mas dichoso que otro, sino mientras puede contribuir mas que él á las necesidades del Estado.

Quando estas se aumentaban se establecian loterias, donde concurre la voluntad libre, cebada por el propio interes.

La preocupacion no habia logrado sofocar neciamente á aquella clase de sugetos conocidos comunmente con el nombre de *proyectistas*.

Es muy propio de los entendimientos cortos el figurarse que todas las cosas han llegado á su per-

feccion, las ciencias, las artes, la lengua, &c. á pesar de que el grado de la perfeccion no se halla mas que en las obras de la naturaleza. Esta opinion cubre con una especie de desprecio todos los espíritus sistemáticos.

El filósofo vé por todas partes mas cosas por hacer, que las que hay hechas. Si él se halla por casualidad á la frente de un gobierno, sabe acoger con bondad todos los proyectos que se le presentan, y se aprovecha de lo que tienen de bueno relativamente á las circunstancias en que él se halla, ó puede hallarse. Ha habido algun proyecto que ha causado la fortuna de un Estado, ó le ha salvado de su ruina, y era tan sencillo, que no podia concebirse cómo no habian caido en él á un mismo tiempo todas las cabezas capaces de pensar. El motivo que los concibe es á la verdad por lo comun el efecto del acaso, algunas veces de un sueño, fre-

qüentemente del esfuerzo de la indigencia, rara vez del de la gloria, y siempre del interes particular, que influye sobre el general, porque hay menos almas generosas que mercenarias; pero qualquiera que sea el origen de una buena accion ella es siempre estimable, quando puede utilizar á la humanidad y al Estado.

En la firme persuasion de que no hay proyectos, por raros y por estrafalarios que parezcan, que no contengan algunos principios de utilidad, se recibian todos con bondad:

Da un necio algunas veces
Un importante aviso.

Sus autores eran llamados para que los defendiesen contra las objeciones: al inventor de un proyecto bien recibido se le recompensaba siempre con proporcion á la utilidad que procuraba. Aun á los

autores de los proyectos, que buenos en su esencia, pero defectuosos ó poco susceptibles de execucion por entonces, presentaban algunos objetos de utilidad para lo venidero, se concedian algunas ligeras recompensas.

Así se premiaba el mérito de la invencion, que no suele ser siempre el fruto de los grandes hombres de los primeros empleos públicos, en quienes la sabiduría, la prudencia, y el deseo del bien general son circunstancias mas apreciables que la de tener un genio creador.

Los estantes de los Ministros suelen estar llenos de proyectos que se les ha presentado en tiempos, y que cubiertos de polvo perecen allí con la memoria de sus autores en un vergonzoso olvido. ¡Qué plantío tan excelente para qualquiera estadista, zeloso ciudadano, que sacrificase algunos instantes del dia para hacer su revista! ¿Qué abundan-

te cosecha no pudiera él hacer, tan utilísima para la reforma de los abusos, para la gloria de su Soberano, y para la prosperidad del Estado?

En acordándose de que se deben á unos dichosos acasos los mas sublimes descubrimientos, y á las observaciones de los genios, separados de los negocios públicos, ó muertos en la obscuridad, las utilidades que se han sacado de ellos, ¿puede dexarse de hacer caso de todo proyecto, qualquiera que sea la mano que le presente?

Las prudentes medidas tomadas por el Gobierno para acostumbrar sin violencia al mendígo al trabajo, los socorros concedidos al agricultor, el oprobio, y el desprecio aplicados á la ociosidad, habian hecho desaparecer los crímenes que ocasionan la indigencia y la pereza. La sagacidad que precave los males, vale mucho mas que el arte que enseña á curarlos.

El número de enfermedades se

disminuyó en los hospitales, porque los males que nacen de la ociosidad de la porquería, y de la disolucion, se habian eclipsado por el trabajo y la aplicacion.

En el supuesto de que la pobreza es un vicio, y de que no falta el pan sino á los holgazanes, se habia disipado la raza de esos mendígos de profesion á quienes no hay cosa que pueda reducir al trabajo, encerrándolos en unos parages donde se sujetaban á ciertas faenas segun sus fuerzas ó su aptitud, y donde no podian lograr de la menor conveniencia, como ellos no se la procurasen á fuerza de aplicacion y de industria.

La pena de muerte no se aplicaba á ningun reo, menos á los del delito de parricidio, ó de lesa magestad: se creia castigar á los malhechores de un modo mas sensible, privándolos para siempre de la libertad, y empleándolos en las galeras, en las minas, y en los tra-

bajos mas rigurosos, pero utiles á la sociedad, cuya buena armonía habian alterado.

Aunque estaba el pais lleno de minas de toda especie de metales, no se aplicaba en su trabajo mas que á los criminales, sin atreverse á sacrificar allí á varios vasallos, mas utilmente empleados en el cultivo de las tierras, para extraer algunos metales inútiles por sí mismos, pues que no son mas que las señales de las riquezas, y cuyo valor disminuye con la abundancia; así es que no teniendo mas que un valor ideal, y levantando el precio de los géneros á proporcion de su masa, su quantidad no produce mas que una opulencia imaginaria para el Estado, y los trabajos de las minas una pérdida real de ciudadanos.

Baxo del principio de la ley natural de que para el mantenimiento del órden y de la seguridad pública ningun delito debe quedarse sin castigo, se habia cerrado todo

recurso de que un malhechor pudiera escaparse de la severidad de las leyes.

No se concedia refugio alguno en los paises extrangeros á los reos de asesinato, de robo, de rapto, de lesa magestad, &c. unicamente se amparaba á los que se habian encontrado en algunas circunstancias desgraciadas, ó complicados en asuntos graves, con tal que el designio premeditado no hubiese tenido parte. Se entregaban los criminales á la demanda de los Soberanos, que tenian el derecho de castigarlos. Esta recíproca convencion cortaba muchos desórdenes y delitos, muy repetidos anteriormente con la esperanza de hacerlos impunes.

La qüestion ó tormento del qual un malvado rigoroso escapa, y donde se queda un inocente de complexîon delicada (1), se habia abo-

(1) *Etiam innocentes cogit mentiri dolor.* Ex Publii Syri Mimis. v. 131.

lido y dexado unicamente para los reos, ya condenados, de quienes se quiere tener la confesion de sus cómplices. Tantas sentencias precipitadas, y tantas memorias muy contestadas habian desmentido la certidumbre de descubrir los crímenes por estos medios crueles, que no podia comprehenderse, como tanto tiempo, despues de los siglos bárbaros se habia continuado con un uso tan monstruoso: ¿cien semipruebas pueden jamás ser equivalentes á una prueba evidente? El tormento es cierto, y el delito no. ¿Puede haber una cosa mas preciosa que la sangre de una criatura humana? ¿Podrá bastar la probabilidad fuera de los casos en que el riesgo de engañarse no es de consideracion? ¿No vale mas exponerse á salvar veinte culpables, que á sacrificar á un solo inocente?

Con el miedo de envilecer la mas noble profesion, jamás se maltrataba á los soldados, no se les

castigaba mas que con la privacion ó la suspension de sus funciones, y de los privilegios unidos al título honroso de defensor de la patria.

Está tan impreso en todos los corazones el amor de la libertad, y es la inconstancia tan natural en la condicion humana, que los accidentes que de aquí resultan llevan consigo una especie de excusa. Baxo de esta sabia consideracion, á los desertores no se les castigaba con rigor sino solamente con carcel, y dexándolos con la nota de ignominia hasta tanto que hubiesen reparado su cobardía por alguna accion valerosa. Si huian armados se les trataba como ladrones, y al que se cogia, despues de haberse pasado al campo enemigo, se le castigaba como á un traidor á la patria.

Los hijos inocentes de un culpable no eran castigados ni en su persona, como verdaderos criminales, ni en los bienes que les correspondian por patrimonio de su tra-

bajo, ó de su industria; sí que se les declaraba inhabiles para la sucesion en los bienes y ventajas que sus padres habian adquirido á título de gracia, como pensiones, honores, dignidades, nobleza, privilegios, &c.

El oprobio, los castigos, la infamia no recaian de ningun modo sobre la familia de aquel á quien se le habian aplicado. Los delitos son personales, como igualmente las acciones vergonzosas. Al contrario, se daba la enhorabuena á los parientes del reo ajusticiado, por haberse libertado de un miembro corrompido, sugeto indigno de la sociedad.

Los cuidados patrióticos del Gobierno para mantener las fortunas, contra los abusos peligrosos y funestos del juego, habian dado lugar á la publicacion de ciertas leyes que se executaban sin remision contra los que se entregan á los juegos de suerte.

El juego es por lo comun una guerra entre amigos, de donde se auyenta la compasion, y donde no se hace el menor escrúpulo de desnudarse reciprocamente. Es dificil que reyne la buena fé donde el interes predomina, y se permite la trampa donde la destreza y la combinacion dan á los unos sobre los otros ciertas ventajas que destierran de allí la equidad.

Los juegos caseros y de tertulia estaban tolerados como recreos, pero aun así las personas de una provídad delicada se abstenian de ellos, porque consumen un tiempo precioso, mejor empleado en otras ocupaciones utiles y agradables; y porque son, por mas que se quiera decir, un tráfico perpetuo de sutileza y de perfidia, donde se saca partido de la ignorancia y de las distracciones de los otros: rovillo que se cree que no yere la conciencia, siendo tal la corrupcion que se llega hasta el punto de apreciar la

habilidad de aquél que sabe (como suele decirse) echar la zancadilla.

No hay mas que los juegos de exercicio, estimulados por un ligero interes, que puedan merecer una aprobacion universal.

Los juegos de suerte, donde el talento ni la habilidad no tienen parte alguna, donde la igualdad de la suerte está establecida entre los jugadores, suponiendo la necesidad del juego serían los mas permitidos, si no [illegible]en al mismo tiempo los mas peligrosos.

Como diversion puede ser permitido el juego, como ocupacion es ya vergonzoso, pero como comercio es odioso y villano. El ha sido varias veces el origen de las acciones mas abominables; él ha ocasionado la prostitucion, la ruina de las familias, la pérdida del honor, el robo, la muerte y el suicidio; pero como las máximas del Gobierno se dirigian mas á

corregir por medios suaves y sensibles, que no á castigar á los que se les probaba que habian jugado á semejantes juegos, se les condenaba por la primera vez á restituir las sumas ganadas, con destino á los hospitales de los locos y simples. En caso de reincidencia se les tachaba de infamia.

Habia además en la nacion Selenita una multitud considerable de usos y costumbres, que aunque no todos fuesen de una importancia absoluta, no dexaban de ser por eso menos respetables. Continuaré copiando aquellos de que me acuerde segun los oí á Arzames, y comprobé por mí mismo.

CAPITULO VII.

Prosíguese con la relacion de las costumbres y opiniones de los Selenitas.

El gusto de las ciencias y de la verdadera filosofía, juntamente con el estudio de la naturaleza, habia producido el mayor de todos los bienes entre los Selenitas, que es el de que no hubiese quedado entre ellos ni un solo ateista. Habia llegado á un punto muy alto su ilustracion para que pudieran serlo.

No se permitia en Selenópolis emplear indiferentemente los términos de *suerte*, *destino*, *acaso*, *fatalidad*, *azar*, &c.; y qualquiera juramento que no estaba autorizado por el juez, era ya una blasfemia ó profanacion.

La astrología judiciaria, las varitas de las virtudes, el arte de interpretar los sueños, el secreto de

la transmutacion, y la virtud oculta de los nombres eran artes ó ciencias tan generalmente despreciadas, que ellos llevaban á sus sequaces al hospital de los insensatos, y de los impostores.

Se habian quitado de las diversiones públicas los saltadores y bayladores de maroma, que no procuran mas que un gusto simple, y aun inhumano, pues que nace menos de la admiracion de la habilidad que del peligro en que están. Se habian prohibido tambien los espectáculos de fieras que no pueden producir otro efecto mas que el de familiarizar al pueblo con el derramamiento de la sangre.

Se habian desterrado igualmente de las casas grandes los bufones y los tontos: no se admitian ya en ellas mas que los verdaderos sabios de un natural jocoso, que con la libertad de hablar se adquirian el derecho de instruir sin ofender con

atrevidos equívocos, muy agenos de los grandes espíritus. El número de estos Esopos era muy corto, porque se necesita mucho ingenio y prudencia para representar este papél, y poder agradar.

Quando se trataba de erigir un monumento ó edificio público se admitia á qualquiera sin distincion al concurso, con libertad de presentar sus planos ó ideas. Al autor del proyecto elegido se le recompensaba con una medalla de mucho valor, y se le coronaba publicamente. Muchas veces sucedia con grande admiracion de los mejores artistas, que se les quitaba la corona por unos simples apasionados, á quienes no podian menos de tributar tambien sus elogios.

Para precaver los efectos funestos de la seduccion, á aquel á quien se le convencia de haber ofrecido algun regalo á un ministro, ó á un juez, se le castigaba como á reo de

lesa equidad. Si se habia tomado el regalo, se degradaba al sobornado, y sufria la misma pena que el corruptor: pero no habia memoria de hombre que se acordase de semejante caso.

Toda solicitacion era considerada como un insulto hecho á la virtud, una duda ofensiva del discernimiento del bienhechor, ó de la integridad de un juez; y los regalos como instrumentos iniquos de corrupcion. Para explicar lo que nosotros entendemos por las palabras de *gracia*, *favor*, *beneficio*, *proteccion* no habia en la lengua Selenita otro término que el de *justicia*, en el qual estaba comprehendido el de *equidad*. El hombre mas obscuro, del nacimiento mas baxo, con talentos y virtud podia aspirar á los puestos mas altos. De aquí provenia aquella emulacion laudable para ascender, y la colocacion útil y justa de tantos genios, que sofoca-

dos por la preocupacion del nacimiento hubieran sido perdidos para el Estado. De aquí aquellos servicios señalados hechos por los Esopos, Faber, Bart, Dugue-trouin Vauban, Catinat, Ximenez, Pereti, Barceló, y otros infinitos.

No se encerraban mas que los locos peligrosos ó foragidos. Por lo regular quitando la libertad á los que tienen el espíritu desconcertado se les vuelve furiosos: ál contrario dexándoles en sociedad lograr de las ventajas de la locura, se contribuye á hacerles dichosos. ¿En qué estado de los de la vida no se siente el hombre inclinado algunas veces á envidiar una felicidad exênta de los males á que suelen exponernos los extravíos de la razon? poseer sin cuidados tesoros inmensos, gobernar sin inquietud imperios muy vastos, mandar todo el mundo sin temer las revoluciones, gozar de todo sin penas, sin

cuidados, sin disgustos, ¿no es esto realizar la imaginacion? ¿Pues qué cosa mas feliz sucede á un sentido tranquilo que dexe de ser igualmente obra de la opinion? Nadie es dichoso ó infeliz sino mientras cree serlo, y no cesa el delirio.

Como la embriaguez quando ataca las facultades del cuerpo enerba las del alma, se aprendia á los embriagados de qualquiera condicion que fuese: se les soltaba luégo, despues de haberles hecho tomar una bebida, que les daba para siempre disgusto y aversion por todos los licores capaces de dañar á la salud, de debilitar el celebro, y de desconcertar la razon. Esto se llamaba volver los hombres á sí mismos; así curaban sin sentirlo. Oxalá que hubieran podido encontrarse otros tantos remedios antipáticos para todos los vicios de la sociedad, como para el odio, la murmuracion, la ingratitud, la indis-

crecion, el abuso de los talentos, &c.: estos específicos no se hallan mas que en el estudio y la práctica de la filosofia, y por desgracia muy pocos temperamentos están dispuestos de modo que los puedan poner en uso.

Aquella pasion ciega, que se llama avaricia, cuyos efectos son incomprehensibles á los que no la tienen: que hace que un hombre se prive de todo para que nada le falte; que no posee las riquezas tanto como ellas le poseen á él; que necesitado é indigente siempre en el seno de la opulencia toma por un bien real lo que no es mas que el medio de atraerlo; que se hace esclavo del pródigo; que nunca rico con sus tesoros, y siempre pobre con sus deseos, no prueba mas que algunos placeres posibles: esta pasion vergonzosa, que no nace tanto de la sed de las riquezas, lo qual es codicia, como de la satis-

faccion insensata de hartar su vista con ellas, habia sido la causa de que se estableciesen tutores públicos, que cogiendo la administracion de semejantes simples los precisasen á contribuir al bien del Estado, con la posesion de las comodidades de la vida; pero para indemnizar á aquellos, cuya enfermedad estaba mas en los ojos que en el corazon, se les paseaba todos los dias por medio del tesoro real, y se les concedia continuamente la posesion visual. Allí contemplaban á satisfaccion el color, la dureza, y la multitud de estos metales queridos, hasta tanto que vueltos en sí de su letargo, ó curados de su locura, consentian en vivir como hombres y ciudadanos.

Por lo tocante al avaro usurero se le castigaba como á coechador.

Si hubiese algunos defectos nobles, así como los hay excusables, la prodigalidad podria colocarse en-

tre el número de las virtudes, baxo del nombre de generosidad, así como la avaricia se cubre con el de economía; pero todo extremo es un vicio que un Gobierno bien reglado tiene el derecho de abolir. Baxo de este principio el Estado, tan atento á precaver la disipacion, como á favorecer la circulacion, y á mantener el equilibrio en las fortunas, habia sometido los pródigos igualmente que los avaros, á la inspeccion de los tutores públicos, quienes para sacarlos de su error, les hacian sufrir por algun tiempo los horrores de la situacion á que estaban expuestos inevitablemente, presentando á su vista el quadro terrible de los crímenes, á que conduce la desesperacion. Corregidos algun tanto por estas lecciones sensibles, dadas á tiempo, volvian á entrar en la administracion de sus bienes, asustados de los males y escollos á que está expuesta la vir-

tud, quando desde el colmo de la fortuna se vé qualquiera precipitado en el abismo de una absoluta miseria.

El suicidio, considerado como un acto de debilidad mas bien que de fuerza de espíritu, aunque parecia estar permitido, se obligaba al que lo intentase á pasar por ciertos experimentos que apagasen insensiblemente este frenesí, y disipasen este delirio, á que algunos sabios insensatos han llamado temerariamente remedio de las enfermedades del alma. El demandante, despues de haber expuesto los motivos que le precisaban á separarse de la sociedad, era entregado á los Filósofos y los Médicos, quienes con suaves remedios y sólidos argumentos le iban desasiendo de los vapores é ilusiones que tienen adormecidos los espíritus animales, y le despedian siempre cubierto de vergüenza de haber proyectado por

un acto temerario acortar unos dias, cuyo término no estando á disposicion ni al conocimiento de la criatura, es unicamente de aquel de quien recibieron el sér.

Para evitar el desórden y la confusion en las genealogías, se juntaba siempre el apellido con el nombre del feudo ó dominio que se tomaba: la vanidad de los nuevos nobles debia sentir esto sin duda, pero no confundiéndose los estados con la usurpacion de un nombre ilustre, inxerto en una familia plebeya, los árboles genealógicos se formaban sin dificultad ni error, y los grandes disputaban sin orgullo ni inquietud la consideracion debida al nacimiento noble, que realza el mérito y virtudes de los que lo sostienen con honor.

Entre padres é hijos no habia la necia vanidad de tratarse como unos extraños con las palabras frias é indiferentes de *Señorito*, y *Exce-*

lentísimo Señor, en lugar de los dulces nombres de padre y de hijo, que inspiran la union y la confianza, y vivifican entre ellos los tiernos sentimientos de la naturaleza.

Quando los abusos son necesarios, y no se les podria destruir sin peligro, vale mas someterlos á algunas leyes, que abandonarlos á sus propios desórdenes. Quando no puede extirparse el vicio, se necesita sujetarle á lo menos. Por la certeza de estas máximas, para preservar el honor de las mugeres virtuosas de la violencia y de la brutalidad, se permitian las inmorales; pero su estado era sometido á tantos oprobios, y á tan baxas humillaciones, que el Gobierno quedaba plenamente justificado sobre la triste y desgraciada necesidad de sufrir un mal menor para evitar otros mucho mas considerables. Estas infames, excluidas de la vida civil, privadas de las utilidades de la

sociedad, no podian tener ninguna comunicacion aun entre ellas mismas, y eran castigadas ignominiosamente á la menor señal de desórden, ó escándalo: pagaban además cierta suma, cuyo producto se aplicaba escrupulosamente á la manutencion de aquellas que abandonaban tan detestable, y villana profesion.

Se habian formado varias academias utiles; entre ellas una de comercio, otra de agricultura, otra de moral, con otra de política. En esta ultima se estudiaba con cuidado el conocimiento de los hombres, de sus pasiones, y de sus luces. El exámen de lo pasado, combinado con lo presente, es el único que puede conducir para leer en lo futuro. Este es el unico ramo de la astrología judiciaria, cuyo uso se ha permitido, y que pueda justificar el tiempo. Se tenian muy amenudo en cada academia varias con-

ferencias, donde se disputaba contradictoriamente lo que se llama *preocupaciones*, como un medio cierto de destruir los errores, y las vulgares opiniones que degradan el espíritu humano, deshonran la noble facultad de pensar, y dañan á la felicidad; pero no se abolian ciertas preocupaciones, que sujetas á unos ligeros inconvenientes, son por muchos lados utiles al bien del Estado, y á la felicidad de los particulares, como el honor, la valentia, el miedo del oprobio, la pesadez de los cumplimientos, ciertas etiquetas, &c.

Ningun vasallo podia despojarse de su libertad hasta la edad en que la ley le autorizaba para disponer de sus bienes.

Concluiré ya este artículo con la descripcion del templo alegórico de la verdad, erigido por el Emperador actual de *Selenópolis*, en reconocimiento de las estimables ven-

tajas que él habia sacado de ella, para su felicidad y la de sus pueblos, habiéndola franqueado un libre acceso junto á su mismo trono.

El Templo de la Verdad.

Los poetas han colocado la verdad en lo profundo de un abismo, inaccesible al espíritu humano; esto es ya un hipérbole: mejor hubieran hecho en ponerla en un desierto árido, rodeada de monstruos que impiden acercarse á ella; monstruos tales como las pasiones, el interes, la adulacion, y las preocupaciones, los que se necesita vencer para llegar á ella.

A pesar de que la verdad está rodeada de nubes, quando se la busca con el ingenuo deseo de hallarla, se la encuentra, á lo menos del modo posible á la inteligencia humana, pero siempre de un modo suficiente para la necesidad.

Por este principio, harto innegable, los Selenitas habian erigi-

do á la verdad un templo de una estructura sencilla, pero noble, en el qual, para quitar toda sospecha de idolatría, no habia ningun culto. El edificio estaba situado en medio de un monte espeso, separado del tumulto de las cortes y grandes ciudades, mansiones poco propias para la meditacion y el retiro interior. Las estatuas con que estaba adornado, hechas por los artistas más hábiles, representaban por un lado el odio, la envidia, la lisonja, la satira, la ambicion, la idolatría, el fanatismo, y la supersticion encadenados y atormentados por las furias; y por el otro la justicia, el desinteres, la sinceridad, la sumision al Soberano, el respeto por las leyes, la amistad, y la beneficencia coronadas de flores por las musas.

En el fondo del templo se veia sobre un altar, que se alzaba magestuosamente, á la verdad cubierta con un velo ligero. Este sér me-

tafisico, considerado como emanacion del Sér Supremo, atraia allí las personas de un carácter dulce y sensible, devotos de la verdad, y ansiosos de conocerla. Con este deseo concurrian al templo, pero rara vez salian de él sin conseguirlo, si antes de entrar allí se habian despojado de las pasiones y del uso engañador de los sentidos.

Se respiraba por todo aquel circuito un ayre puro y tranquilo; pero bastante agitado y fuerte para apartar del santuario aquellos tiranos vencedores de los debiles mortales, los errores, las opiniones y las preocupaciones.

Este templo era en todas sus partes el emblema del gabinete de los verdaderos filósofos.

CAPITULO VIII.

Biblioteca particular del bello sexô Selentico, por la que se arregla su moral.

Por no alterar el mejor órden de nuestras conferencias (me dixo una mañana Arzames) creí no deberte hablar de nuestras mugeres por artículos separados, que te pudieran enterar sobre algunos de sus procederes en diferentes ocasiones de su vida civil. Sin embargo, será bien que sepas, como el resultado de sus conocimientos literarios las ha puesto en el caso de poder hallar en sí mismas las luces convenientes para ciertos lances en que se suelen encontrar. Esto han debido á su cuidado en formarse una biblioteca donde han reunido los papeles mas raros y propios de su sexô. Lo mas exquisito de todos los idiomas, y de los pasados siglos se halla custodiado en este archivo

de conocimientos utiles; y para que puedas tener alguna idea de los manuscritos antiguos que conservan, y de que se aprovechan con aplicacion, te voy (hijo mio) á presentar algunos de ellos. -- (Aquí sacó Arzames una cartera grande que puso en mis manos. Los tres primeros pliegos que extraxe y leí eran una cartas, cuyas copias traducidas fielmente del griego son las siguientes.)

Carta de Theano (1) *á Nicostrata.*

Ya ha llegado á mi noticia, mi querida Nicostrata, el extravío de tu marido. ¡Con que en fin le tenemos apasionadísimo por una cortesana, y á ti rabiando de zelos! A muchos hombres conozco contagiados del mismo mal. Las tales mugeres tienen una habilidad muy particular para cogerlos en sus lazos, retenerles en ellos, y hacerles volver el juicio. Pues el tuyo tampoco está muy bueno: te atormentas á todas horas, dexas que tu pesadumbre te devore, y no piensas mas que en proyectos de venganza.

(1) Theano era muger de Pitágoras; y dexó algunos escritos.

Cuidado con eso, querida mia, ese partido nada tiene de bueno. No Consiste la virtud de una muger en ser alcaidesa de su marido, sino su compañera; y una compañera fiel debe saber sobrellevar aun la demencia del compañero de su suerte. El busca el deleyte en los brazos de una bastarda; pero despues del acceso de su delirio, junto á su muger será donde buscará á su amiga.

Sobre todo no agraves un mal por otros mayores, ni una locura por otra. El fuego que no se sopla se apaga por sí mismo; viva imagen de las pasiones: si las combates se irritan; mas si las disimulas se extinguen.

¿No llegas á conocer el extremo de tu imprudencia? Tu marido procura ocultarte el ultrage que te hace, y tú eres insensata hasta el punto de quererle dar á entender que lo sabes bien. ¡Ah! ¿Pues no

conoces que desgarrando el velo, ya nada se le dará de ofenderte á las claras? No te fies en sus pasadas caricias, sino en su probidad; en ella consiste todo el encanto de la union conyugal. El atractivo del placer le hace doblar las rodillas ante una extraña; pero quando él se vuelve hácia á ti, la compañera de su vida es á quien busca, y á la que quiere encontrar. Su razon te ama, aunque su ciega pasion le arrastra hácia tu rival; pero creeme, las pasiones duran muy poco; prontamente se las subsigue el hastío; un instante las enciende, y otro las apaga.

A no ser un hombre enteramente libertino no conserva mucho tiempo su aficion á una muger despreciable. No tarda en renunciar á unos criminales placeres que cuestan siempre muy caros. No tardará tu marido en llegar á conocer que se perjudica á sí mismo, que

se arruina, y que pierde su reputacion. Es de bastante talento para que se obstine en su pérdida. El conocerá sus daños y sus peligros. Los derechos de su esposa volverán á atraerle hácia ella: entonces ya te sabrá apreciar, no podrá sobrellevar el rubor de su pasado proceder, y volverás á hallarle arrepentido y digno de tu amor.

Pero lo que te encargo muy particularmente, mi querida amiga, es que dexes para las cortesanas el arte que las conviene. La modestia, la fidelidad, el cuidado de su familia, la ternura por sus hijos, sus consideraciones para con los amigos de su esposo, estos deben ser los objetos de una muger honrada.

Ella se debe avergonzar de publicar sus zelos por una mala muger. Otra emulacion mas noble es sola digna de ella: el procurar superar en virtud á las mugeres mas

virtuosas. No abrigues en tu seno un funesto resentimiento : creeme, manifiestate siempre pronta para la reconciliacion. No te olvides de que las buenas costumbres nos reconcilian la benevolencia de nuestros mismos enemigos : ellas solas nos honran, nos hacen mas fuertes que nuestros esposos, y nos dan sobre ellos una superioridad invencible. Escoge entre estos dos partidos, ú obliga á tu esposo á que te respete, ó conformate á servirle humildemente como á tu dueño.

Un medio te queda para que le eches en rostro su conducta; este consiste en tu virtud. Con ella debes hacer que él se cubra de rubor, y con ella debes obligarle á que consiga de ti el perdon. El te amará mucho mas, quando llegue á conocer su injusticia lo poco que la merecias, y lo grande que era la pérdida, que estaba expuesto á sufrir renunciando á tu

ternura. Despues de la enfermedad se conoce mejor lo que vale la salud; así igualmente las discordias de los que se aman producen los mas dulces encantos sobre su reconciliacion.

¿En qué quedamos? ¿No me quieres creer? Pues bien, entregate al torrente de tus zelos. El juicio de tu marido no está cabal: haz ver que tampoco el tuyo está sano: él expone su reputacion, pierde tú la tuya: él arruina su fortuna, ayudale á echarla por tierra; en una palabra, castigate á ti misma por querer castigarle á él.

Pero aun te queda otro mejor medio. Abandónale, divórciate, echate en brazos de otro nuevo esposo, que á poco tiempo te será igualmente infiel, y al qual tendrás que volver á dexar tambien . . . . . pero ¡qué digo yo! No, mi querida Nicostrata, guardate de estos ex-

tremos ; disimula los sentimientos de tu corazon; sufrelos con paciencia ; este es el modo de atajarlos, y lo que desea con tu salud y prosperidad :

Theano.

Carta de la Pithagórica Melissa á Clearета.

Se vé claramente que la naturaleza se ha complacido en plantar en tu corazon el gusto de la virtud. En una tierna edad en que tus semejantes reducen todos sus cuidados al unico objeto de su adorno, á ti te se da tan poco del tuyo que le sometes gustosísima á mis consejos; esto es darnos á entender con anticipacion y desde la aurora de tu vida, que sabrás dedicar esta á la prudencia y á la sabiduría.

Una muger honrada y prudente debe buscar siempre para su adorno la modestia, huyendo de todo luxo. Procura manifestar en su trage la mayor limpieza, arreglándose á la mas rigurosa decencia, y desprecia esos adornos superfluos, inventa-

dos por el luxo, y desaprobados por la razon. Dexemos para las cortesanas esas ropas brillantes de púrpura, bordadas con talco y oro: estos son los instrumentos de su infame oficio, y las redes con que cogen á sus amantes.

Una muger que solo quiere agradar á su esposo encuentra su adorno en su virtud y no en su tocador: no procura atraerse y cautivar los votos ofensivos de los extraños. El atractivo de su prudencia y de su modestia la presta muchos mas encantos que los que pudiera sacar del oro y las esmeraldas: su colorete no es otro que el amable encarnado del pudor. Sus cuidados domesticos, su atencion en complacer á su marido, su afabilidad, su dulzura, tales son los adornos que realzan su belleza.

Una muger estimable mira como una ley sagrada la voluntad de su esposo. Ella le lleva en dote su prudencia y su sumision; pues las

virtudes y la hermosura del alma deben anteponerse á ciertas gracias que se marchitarán bien pronto, y á los regalos seductores y pasageros de la fortuna. Una enfermedad borra la belleza de las facciones; pero la del alma solo se acaba con la vida.

Carta de Myia á Phyllis.

Estás próxîma á verte constituida en el estado de madre; y todos tus cuidados deben emplearse ahora en la elección de una buena nodriza (1). Procura que se predomine en términos que pueda negarse constantemente á las caricias de su marido: que sea limpia y modesta; que no tenga la pasion del vino, ni sea muy dormidora; que

(1) Nos ha admirado que esta Pitagórica Myia no aconseje á su amiga que criase por sí misma á su hijo. Despues de tantas obras como se han publicado sobre este mismo asunto, esta carta no enseñará á la verdad nada de nuevo; pero hemos creido que dará gusto á nuestros lectores el saber los cuidados que tomaban las madres en aquel tiempo para el primer alimento de sus hijos. Nota del Editor.

sea su leche pura y nutritiva. De esta eleccion que vas á hacer depende toda la vida de un hijo amado.

Una buena nodriza debe emplear todos los instantes en el cumplimiento de sus deberes. Debe consultar con la prudencia y no con su capricho sobre las ocasiones en que ha de presentar el pecho á la criatura; así es como le fortificará la salud. Tampoco es menos necesario que ella espere para entregarse al sueño á que el niño desee dormirse.

Ten gran cuidado con que no sea de un humor colérico; tambien sentiria yo que llegase á mi noticia el que fuese tartamuda: debes procurar que haya nacido en la Grecia, no sea que por imitacion contraiga tu hijo un acento vicioso. Sobre todo que sea prudente en la eleccion de sus alimentos, y que no coma, ni aun de los sanos, sin mucha precaucion.

Importa mucho que despues de

que las criaturas se han atracado de leche se las dexe dormir: este agradable descanso, indispensable á su debilidad, hace su digestion mas facil. Si fuese absolutamente indispensable el darle algun otro alimento, además de la leche de su ama, acuérdate de que debe ser simple y ligero. A mí me parece que el vino es una bebida demasiadamente fuerte para ellos; si le dieses algo, mezclale á lo menos para que se aproxîme á la suavidad de la leche.

Yo no te aconsejaria que le bañases todos los dias, bastará de quando en quando; porque es muy esencial el acomodarse á su temperamento. Ni observes con menos atencion qual debe ser el ayre que respire tu niño; que no sea excesivamente caloroso, ni tampoco muy frio. Su habitacion no debe estar ni muy cerrada, ni muy expuesta al viento; ni la agua que beba deberá ser demasiadamente ligera, ni muy pesada.

No le pongas unos pañales ásperos ni pesados, y sean bastante anchos para que puedan envolverle bien, pero no tanto que le incomoden. Debe atenderse siempre á la naturaleza; ésta pide que se satisfagan sus necesidades, pero sin superfluidad ni magnificencia.

He creido deber darte desde hoy estos consejos para la crianza física de ese deseado hijo; espero darte algun dia otros correspondientes á su educacion.

CAPITULO IX.

De las modas, consideradas segun su estado en el pais de los Selenitas.

¿Es el vestido necesario al hombre? Esta es una qüestion; mas sin embargo podemos pensar que si hubiera debido estar siempre vestido, lo hubiera estado por la misma naturaleza, así como lo están los animales con pelo, cuero, conchas, plumas, y con quanto es necesario á la conservacion de todo ser viviente.

La decencia: término desconocido durante muchos siglos de candidez, ha podido pedir por convencion, que ocultase el hombre algunas partes de su cuerpo; pero el cuidado de su propia conservacion exîgia que no privase á las otras de las benignas influencias del elemento, en que está des-

tinado á vivir. Sean los que quieran los motivos que le hicieron vestirse, es muy cierto que solamente á esta costumbre debe él la debilidad de su temperamento, y muchas enfermedades, de que se viera exênto su cuerpo en medio de un ayre libre; entre las quales se cuentan particularmente las fluxiones, los reumatismos, la gota, los catarros, las ciáticas, y todos los demás accidentes que provienen de una transpiracion interceptada por el uso de los vestidos y ligaduras, de donde nace tambien esta porquería tan dañosa á la economía animal, de que todo cuerpo, expuesto á un ayre abierto, está casi siempre preservado, y de la que no puede libertarse mas que por repetidos cuidados, y una reparacion continua. ¿Llegára á creerse que sea imposible al hombre sacudir un yugo tan funesto á la salud para recobrar su primera constitucion, si la desgraciada costumbre,

que no es, como se dice erradamente, una segunda naturaleza, no triunfase siempre impunemente de la reflexîon ? (1) El famoso Zar, Pedro el Grande, aquel genio célebre del siglo pasado, que procuró las experiencias hasta el punto de obligar á todos sus marineros á que no bebiesen mas agua que la del

(1) Confieso que segun el estado de nuestras costumbres semejantes preposiciones pueden y deben parecer descabezadas. Esto consiste en que el hombre en sociedad no vé mas que los obstáculos que no exîsten realmente en el estado de la naturaleza. Así, escribiendo sobre esto, no tengo mas intencion que dar á conocer los perjuicios evidentes del vestido, que veo, como todos, que es ya imposible dexar enteramente, pero en el qual sería muy facil hacer una reforma de la que pudiese el cuerpo humano sacar muchas ventajas; como la de llevar siempre la cabeza, pecho, brazos y pies descubiertos; quitar todas las ligaduras, dar una hechura ancha como la de los orientales á las ropas, &c.

mar, por lo que murieron todos, omitió el intentar esta, que era menos expuesta. Tal vez el buen éxîto hubiera justificado la empresa. Aquel Soberano era seguramente muy propio para dar este exemplo á lo demas de la tierra.

¿No consiste en la manía insensata de multiplicar sus necesidades, mas bien que en el rigor del clima, el que los Européos y los habitantes civilizados de la Zona-Torrida se vistan, mientras que naciones enteras, que habitan en unos rigurosísimos climas, exponen su cuerpo á la intemperie del ayre y de las estaciones, y gozan sin embargo de mejor salud, y de una vida mucho mas longeba que la nuestra? ¿No podemos decir con verdad que es mas bien por costumbre que por necesidad el cubrirnos ciertas partes de nuestro cuerpo al mismo tiempo que dexamos otras enteramente descubiertas? Las mas sensibles, como son las manos y el

rostro, van descubiertas; los ojos, esta parte tan delicada, se burlan del aquilon, y de las escarchas: algunos cenovitas, con la cabeza y los pies desnudos, andan con plena seguridad. ¿Por qué no habian de andar los hombres con el peçho descubierto, igualmente que las mugeres, cuya complexiôn es mucho mas delicada? El deseo de agradar ó de seducir en este sexô, es pues mas poderoso que el cuidado de nuestra conservacion, á la que por otro lado se sacrifica todo.

En el estado actual de las cosas, esto es, con el temperamento alterado que nos han transmitido nuestros antepasados, por la fatal costumbre de vestirse, la limpieza en nosotros ha llegado á hacerse ya una sujecion, ó llamémosla de otro modo un cuidado necesario, que no exîgirian unos vestidos sencillos, cómodos, y de precaucion contra el frio, y la intemperie de las estaciones, si la vanidad, que entra

hoy en todas las combinaciones, no hubiera inducido al hombre á que juntase el arte con la pura necesidad; despues de esto la apariencia, y por último el deseo de sobresalir, de donde nacieron las modas.

Estas, sujetas á la inconstancia, por el gusto natural que tiene el hombre por la variedad, le hicieron esclavo de mil necesidades ficticias; y el luxo acabó de poner á esto el sello.

Todavia no se ha decidido si el luxo es útil ó dañoso á una gran monarquía, que recoge los géneros de primera necesidad; y esta es una qüestion de donde se originan infinitas paradoxas. La austéra Lacedemonia era mas dichosa, aunque menos floreciente, que la voluptuosa Athenas. Una y otra han producido hombres muy grandes con costumbres enteramente opuestas; y Athenas ha llegado á tenerlos en mayor número que Lacedemonia. Segun los unos el luxo consis-

te en la suntuosidad de los edificios, los muebles, los equipages, vestidos, mesas, &c. segun otros en el abuso de las riquezas: el moralista rigido le hace consistir en todo lo que no es de necesidad absoluta, en cuyo caso un vestido hecho unicamente de la piel de qualquiera animal es ya un luxo.

El luxo es el enemigo mas declarado de la poblacion. Los brazos empleados en sacar y trabajar el oro se desdeñan de las verdaderas producciones de la tierra. Por sostener el fausto hay quien se niega á los votos de la naturaleza: se quiere mas aumentar el número de sus criados que el de sus descendientes; y como que se destinan los pocos hijos que se tienen á que vivan algun dia en la miseria.

Lo cierto es que quando el luxo ha llegado á extender sus raices por un estado opulento, es muy dificil de contener. Las leyes sumptuarias solo le ponen un freno pasagero, de

que la vanidad y la industria procuran libertarse.

Para contener los progresos del luxo en los objetos mas importantes, se habian publicado entre los Selenitas varias pragmáticas, de las que muchas lograron un buen éxito, principalmente la sancionada acerca de las comidas. En lugar de ponerse á determinar el número de los platos y cubiertos, la calidad de los manjares, &c. se habia limitado el número de convidados que podian juntarse, y se prohibió la entrada de la especería en el reyno, y el uso de los licores fuertes. Este reglamento hizo desaparecer en pocos años los males de estómago, las jaquecas, los vapores, y otras epidemias de moda: disminuyó el número de semejantes enfermedades, aumentó al duplo las riquezas, y exterminó la raza femenina de los Parasitas.

Por lo tocante á las modas de trage y adorno: estos bástagos del lu-

xo, que exercen un imperio secreto aun sobre los espíritus mas prudentes, seducidos por una falsa urbanidad, y arrastrados por la multitud, no se habia podido destruirlas sino ahogando las nuevas modas en su nacimiento. En quanto una persona, de qualquiera condicion que fuese, se presentaba con un vestido brillante, y de un gusto nuevo, se la representaba inmediatamente sobre el teatro con una máscara muy semejante, acompañada de todo el peso y ridiculez, capaces de hacerla el objeto de la irrision pública, y al original se le trataba como extrangero en su propia patria. Hasta tanto que abjurase su frivolidad.

Despues de haber intentado vanamente en diferentes ocasiones someter toda la nacion á un vestido sencillo y uniforme, (lo que solamente es practicable en una pequeña república) hubo que contentarse con establecer una pragmática

reglada sobre la distincion de las condiciones, haciendo muy pocas clases. Todos llegaron á conocer que la demasiada sujecion á este delirio del espíritu, que el gusto de la superfluidad alimenta, no sirve mas que para dar un ayre de ridiculez, ó prestar un carácter de *inconstancia* á una nacion por otros lados muy respetable; que una prudente economía puede de su superfluo formar la colocacion de muchos hijos; que es vergonzoso que una parte del Estado viva de las locuras del otro; que el luxo no hace mas que multiplicar las necesidades; y que jamás hay brazos suficientes para las artes de necesidad.

Si se fixase á cada cosa su justo valor, ¡qué poco tiempo subsistirian el luxo, el frenesí del bello espíritu, y el imperio de la moda! Las modas tienen de particular que el que se presenta con un trage nuevo parece raro, y que despues ha-

ce ridículo al que le lleva, aun quando él le ha dexado (1).

¿Hasta qué punto de extravagancia lleva la moda la tiranía? Ha habido algunas épocas en que ella ha influido en la salud; entonces no parecia bien el estar sano, si no se queria ser confundido con las gentes groseras. En otras eran de moda los vapores: entraba en el buen tono el quejarse y aparentarles continuamente; y el cuidado que se tenia por hacerles creer procuraba una enfermedad real, á la que no llegó á faltar mas que el nombre. Un estómago arruinado, un ayre de debilidad anunciaban una persona de condicion, un tono de nobleza, que hacía distinguirse del baxo pueblo, privado de demasiada delicadeza de sentimien-

(1) Lo que estamos acostumbrados á mirar como un adorno de buen gusto, nos parece á poco tiempo una figurería ridícula.

to, y aun de bienes, para adquirir estas nobles enfermedades.

La moda es contagiosa; sin embargo, tiene un distrito tan corto que es extrangera en todas partes, menos en aquellas en que está admitida. La razon que deberia excluirla no lo es en ninguna sino en la de los poetas.

¿Puede hallarse cosa alguna en la naturaleza á la que alimente la frivolidad, y sobre la qual la nada exerza cierto poder como no sea el hombre?

Pues ¿qué virtud tienen los vestidos magníficos para fascinar los ojos de los que los llevan, y de los que los admiran? ¿Curan los trages la gota, la jaqueca, los vapores? Al contrario, ¿no son ellos su habitacion privilegiada?

Esta falacia del espíritu, que hace que se estime mas el adorno que la persona, la unica que se deberia hacer agradable ¿no la de-

beríamos poner en la clase de los gustos bastardos?

Si la barba es una señal de virilidad, cuya privacion expone al escarnio general aun á los hombres mas bien formados: si ha sido puesta por la naturaleza sobre el rostro igualmente que las cejas: si nos causa admiracion en ciertos personages, igualmente que en los retratos de nuestros antepasados: si sirve de adorno en algunas naciones, ¿por qué nos la quitamos hoy con tanto cuidado, despues de haberla arreglado, ó cortado, en diferentes tiempos de diversos modos? ¿No es este un ultrage completo que la moda, el capricho y la opinion hacen á la naturaleza? ¿Cómo puede creerse que se hermosea esta desfigurándola?

¡A quántas fantasías se han sometido tambien los cabellos! Unas veces largos, otras cortos; rizados, lisos, afeytados totalmente ó en

parte, empolvados, teñidos, enmantecados, con coleta, con bolsa, sueltos, &c. han sufrido ya todos los metamorfosis posibles.

Pasemos por un instante á recrearnos con el analisis de la piel: querido objeto de las complacencias del animal por excelencia que goza exclusivamente del privilegio y de los inconvenientes de vestirse. Veamos las utilidades que él ha sacado de esta necesidad que se ha impuesto, y con qué industria ha suplido á la avaricia ó á la omision que la naturaleza ha tenido con él. No hablemos de la sujecion de hacer y deshacer cada dia su obra para tenerla que volver á hacer á la mañana siguiente; trabajo penoso que aumenta á proporcion del número de las piezas que componen su trage.

Yo le veo, en primer lugar, agarrotado con un calzado redondo, punteagudo ó quadrado, en el qual el pie, que no tiene ningu-

na de estas formas, ha de ir por fuerza rabiando.

Le veo despues dando traspies sobre un plano, inclinado por medio de un tacon, que alzando la planta por un lado pone al pie fuera del caso de poder gobernar el peso que sostiene.

Por último, le veo oprimido por todo su cuerpo con ciertas ligaduras, que detienen la circulacion de los fluidos, retardan el crecimiento, y oprimen la respiracion.

Si se dexase en un pueblo salvage uno de estos adornos de la cabeza de una européa, ¿no le pondrian ellos en el gabinete de las curiosidades raras, sin que pudiesen dar en qué ó para qué servia aquello? ¿No seria esto para sus filósofos (pues tambien los hay entre ellos aunque no todos lo sean) un problema indisoluble?

El trage del hombre, aunque mas sencillo que el de nuestras mugeres, ¿no seria igualmente para

aquellas pobres gentes un enigma indifinible y capaz de atormentar en vano sus mejores ingenios? ¿La errariamos con persuadirnos á que si se les obligára á que se pusiesen cada una de las piezas de nuestro ropage, uno se pondria los calzones en la cabeza por chupa, y otro la camisa por encima del vestido? Otros se creerian que de la camisa, de la camisola, de la chupa, de la casaca, y sobre todo de la capa, habria lo suficiente para que se vistiesen seis personas, en el supuesto de que un solo vestido bien grueso ó bien forrado, serviria por todas las dichas piezas para libertarse del pretendido rigor de las estaciones. Aquellas gentes los tendrian por muy pesados para el verano, por muy ligeros para el invierno, y por unos obstáculos perjudiciales para la actividad y la carrera. Los unos se pondrian las medias por guantes, el corbatin por manillas, las cvillas

por adorno de la cabeza, la peluca antigua por almohada, y la moderna por red para cazar moscas. Con un poco mas de discernimiento sobre el uso de estas cosas, ellos hallarian las mangas de la casaca incómodas y estrechas, y las de la camisa demasiadamente largas y anchas: la talla del vestido superflua igualmente que los pliegues: la faxa muy apretada, y las guarniciones tan extravagantes como superfluas; quitarian sin duda los botones que no han de ponerse en unos oxales cerrados; pero en lugar de llevar el sombrero debaxo del brazo ó en el bolsillo, tendria la habilidad de ponersele sobre la cabeza despues de haberle soltado las alas.

Quando hubiesen hecho un juicioso exâmen sobre todas las partes que forman esta máquina, ¿qué idea nos pensamos que se formarian los salvages del juicio de los pueblos que sujetan voluntariamen-

te su cuerpo al yugo (1) de un adorno tan complicado, y cuya postura debe costar tanto tiempo precioso, quitado al empleo de la pesca ó de la caza? Seguramente que no se persuadirian á que esta máquina estuviese en uso en un pais donde hormiguean los filósofos y los geometras. Tal vez su reflexîon haria que sentenciasen á sus reos malhechores á que se vistiesen toda su vida á la europea.

Pero ¿quánta seria su admiracion si llegasen ellos á saber que el arte de saber llevar todas estas superfluidades sirve de mérito para con unos, y casi de virtud para con otros, y que se atiende á esto mucho mas que á la persona? ¿Ha-

(1) El salvage, léjos de llorar su desnudez, diria mas bien lo que un anciano, que hallándose en una feria donde reunidos infinitos curiosos ajustaban mil cosas raras, exclamó: *Quam multis rebus non egeo!*

bria mayor tormento para aquellas gentes sencillas que verse condenadas á tener que asistir al tocador de una madamita de nuevo cuño, ó de un currutaco?

CAPITULO X.

Rasgos de Moral.

Ut nemo in se se tentat descendere, nemo. Pers. sat. 1. v. 23.

En una comida que me dió *Arzames*, en compañía de varios filósofos de sus amigos, llegó á proponernos (como en otro tiempo *Platon*) que exâminase cada qual de nosotros en su interior, si habia allí uno tan solo que no hubiese merecido el castigo de muerte á lo menos una vez en toda la vida. Todos confesamos de buena fé que ninguno de nosotros se hubiera debido escapar, y que ni aun la mas austera filosofía se hallaba exênta de pagar este tributo á la humanidad, no á causa de esos delitos horrorosos que castigan las leyes, sino de estas otras acciones, que la pre-

ocupacion nos pinta como inocentes, y que justifican al parecer el interes y la pasion, pero que contrarias á las leyes de la exâcta providad, no dexan de ser muy criminales aunque queden impunes.

Los crimenes no son solamente acciones contrarias á las leyes, sino tambien á la justicia. Así los vicios reprehensibles no son solamente aquellos que infestan la sociedad, sino tambien los que perturban ó destruyen su armonía y buena fé.

Si las leyes no han señalado penas contra estos vicios, consiste en que no pudiendo obligar á las virtudes opuestas, debieron ellas dexar á los individuos mismos de la sociedad el derecho de castigarlos por medio del oprobio y del desprecio.

Las acciones criminales ó vergonzosas que se quedan sin castigo son muchas mas de lo que comunmente se piensa. Hay un medio,

tan sencillo como infalible, para conocer su mérito: no se necesita mas que suponerse en el puesto del ofendido, con el derecho y el poder para vengarse. A fin de aclarar mas mi proposicion, me contentaré con trazar aqui algunos rasgos de los vicios impunes que para bien de la sociedad deberian colocarse entre el número de los crímenes, y estar sometidos como ellos á todo el rigor de las leyes.

Aunque la gratitud no es de pura obligacion, porque en este caso seria el efecto de un contrato que aniquilaria el beneficio, por esto la ingratitud no dexa de ser un vicio vergonzoso, formado por el orgullo, que procura destruir todo sentimiento de beneficencia en la sociedad; es verdaderamente una baxeza de alma, una injusticia de corazon, y una fealdad del entendimiento. ¿Ha habido jamás en el mundo quien se haya atrevido á confesarse ingrato?

La revelacion de un secreto es un sacrilegio, y la dádiva injusta de un depósito sagrado, aun hecha con un amigo. El abuso de una confidencia es un crimen baxo y vergonzoso: quando se hace por propia utilidad es un robo; y si por la de los otros, es una perfidia.

Una sátira, que en un Grande es siempre cosa indigna de su estado, ha manchado la reputacion, ó arruinado por lo comun la fortuna de varias personas de honor.

La indiscrecion en un amante dichoso es siempre una vanidad despreciable, y un borron contra la provídad: es pagar el beneficio con una injuria; es atentar contra el mayor de todos los bienes, como es la reputacion; es quererse hacer honor de un vicio odioso, que por lo comun recibe de la venganza el castigo, que no pueden, y que deberian aplicarle las leyes.

Proteger á un delinqüente pícaro, intrigar á su favor, ¿esto no

es quebrantar las leyes naturales y civiles, oprimir al inocente, y hacerse culpable de las funestas conseqüencias del delito impune?

Seducir la muger ó la hija de su amigo es abusar cruelmente de la confianza, y romper el nudo mas tierno de la sociedad, sembrando la discordia y el desórden en el seno de una familia, á la que se tiene mas obligacion que á otra qualquiera de servir y respetar: ¿he de hablar claro? pues es el colmo de la maldad. ¿Y podrá creerse que hay algunas naciones en que la corrupcion de las costumbres ha subido á tal punto, que este horroroso crimen, disfrazado con el nombre de galantería, se trata y tiene por gentileza? Disfrazar la verdad, que se conoce con la máscara de los términos equívocos que la representan, es un crimen contra la providad que no disputa ni duda; crimen tan feo como el del adulador, que corrompe la verdad

para fomentar el vicio, aplaudiéndole.

Abusar de la triste situacion de una soltera para robarla su inocencia, ó de la desesperacion de una casada sumergida en la miseria, para deshonrarla, y echarlas á una y á otra en el desórden, es una vileza brutal, una baxeza indigna, acreedora á los mayores castigos; pero faltar despues á sus promesas es añadir el robo á la injuria, y declararse vergonzosamente transgresor de la ley mas sagrada de la sociedad: la palabra, que es un juramento de buena fé, y entre personas de honor, vale mucho mas que una escritura.

El discípulo de Hipócrates, que sin los conocimientos necesarios de su facultad, se pone temerariamente á curar el cuerpo humano, no es mas que un vil interesado, culpable hácia el estado de todos los homicidios que causa por vanidad, ó por impericia. Es un vandolero,

que proyecta á sangre fria mil asesinatos.

Un abogado que toma la defensa de una causa, que llega á reconocer por mala ó injusta, compromete su honor ó su buena fué: él proyecta engañar ó al juez, ó á su litigante. Culpable en uno ú otro caso, si cree perder su causa, él tuerce las leyes, y si confia triunfar de la inatencion, ó de la impericia de los jueces, se hace ya cómplice de conjuracion.

El escribano, que por los rodeos iniquos del litigio eterniza un pleyto, es un monstruo, que desola igualmente el campo del aliado que el del enemigo.

Defraudar las rentas reales es volver á su propio provecho el del bien comun, y cometer una injusticia contra toda la nacion. Los tributos que las necesidades del Estado hacen forzosos, y de los que el Soberano tiene la administracion, estan establecidos sobre la justicia

y la equidad; son justos por quanto se emplean en la conservacion del órden, de la tranquilidad, y de la seguridad pública; y son equitativos por quanto son distributivos, con que se deben pagar escrupulosamente, porque son parte de las rentas del Estado: esta es una contribucion que nadie debe eludir. En vano los transgresores se creen justificados por las penas pecuniarias ó aflictivas en que incurren; este es siempre un robo hecho á la masa de Estado, y á sus conciudadanos, lo que por falta del recobro necesari se ven injustamente cargados co nuevos impuestos.

CAPITULO XI.

Uso de la Medicina entre los Selenitas.

La medicina, que entre los pueblos ignorantes no es mas que una práctica de experiencia reducida á preceptos, sin ningun conocimiento de la anatomía, conoce pocas enfermedades, pero las cura prontamente: entre los pueblos ilustrados es una ciencia congetural que ayuda algunas veces á la naturaleza, pero las mas la destruye.

Esta ciencia tan útil, como que tiene por objeto la parte mas interesante al hombre, es decir, su reparacion y conservacion, habia llegado entre los Selenitas al mayor punto de perfeccion.

Desasida del farrago pomposo de los términos tan obscuros como

brillantes que la acompañan en otras naciones, y limitada á un pequeño número de principios seguros, la medicina que es el arte de añadir y quitar, se habia reducido á la observacion, esto es, á dexar obrar la naturaleza, ayudarla rara vez, y á no apresurarla nunca.

Un corto número de hombres célebres, instruidos todos igualmente en la anatomía, la botánica y la química, componian la escuela de la medicina. Ellos despreciaban ese fastuoso talento que pretende someter el cuerpo humano á la geometría, y que reduciéndolo todo al cálculo (hasta el movimiento de los sólidos y de los fluidos, por la mayor parte supuestos y desconocidos) conduce temerariamente por demostracion los enfermos á la muerte. De esta escuela salian todos los médicos para lo restante del imperio.

Un honorario muy considerable

señalado para estos ciudadanos, dedicados al servicio de la humanidad, los dispensaba de recibir ninguna paga del Público.

Tenian ellos á su cargo la direccion de una farmacia completa, mantenida á expensas del Soberano. Esta se renovaba todos los años, y proveia abundantemente á las necesidades de la capital y sus cercanías. Cada provincia tenia otra igual en su ciudad principal, y los demás pueblos venian allí para proveerse.

Baxo de este principio incontestable, de que la naturaleza se mantiene por el equilibrio, y por consiguiente procura repararse por sí misma con arreglo á las leyes de la economía animal, se hacia un uso muy discreto de las drogas que en otras partes eluden sus mismos esfuerzos quando ella tiene que cuidar á un mismo tiempo de curar la enfermedad, y de combatir con los

remedios que se oponen á sus operaciones.

Sin embargo de que el número de los médicos era muy corto para todo el imperio, aun así habia demás, pues tenian muy poco que hacer, desde que este cuerpo respetable, lleno de zelo por la humanidad, habia compuesto con cuidado un librito que contenia los remedios mas experimentados, mas sencillos, y mas útiles para toda suerte de accidentes y de enfermedades; remedios que debian emplearse siempre con mucho tiento, y en los casos en que la naturaleza, necesitando de ayuda, demuestra claramente su uso; lo que con el estudio de su propio temperamento, un regimen facil, y con la dieta, en caso de necesidad, ponia á cada particular en estado de poderse pasar casi siempre sin los socorros de la facultad.

Este libro, que á pesar de la

variedad y multitud de los males á que el cuerpo humano parece estar sujeto, era de un pequeño volumen, y habia sido extractado de los libros de Salomon sobre las propiedades de las plantas, cuyo original se halla en el gabinete de las cosas perdidas sobre la tierra.

Pero lo mas maravilloso fué el reconocer que las plantas mas despreciables, que cada pais produce, contenian las virtudes de aquellas otras que antes se iban á buscar, á fuerza de gastos, á las regiones mas distantes; y que la naturaleza, esta madre bienhechora, las habia trasplantado en todos los climas, muy propias para las enfermedades que reynan en ellos. Antes de este dichoso descubrimiento todos los remedios eran paliativos unicamente, á excepcion de la quina, el opio, el emetico, y el mercurio, los solos capaces de producir virtualmente la curacion.

Aun así no se desdeñaban los descubrimientos de ciertos específicos simples ó compuestos, que un feliz acaso suele procurar algunas veces, mas bien que el estudio y la investigacion mas ventajosa; y quando la utilidad de un remedio se aprobaba por la facultad, al inventor se le recompensaba siempre á proporcion de su importancia, desquitándole el estado de la privacion del privilegio, que no podia vender el inventor por sí mismo; y el secreto se publicaba inmediatamente. Así es como el empirismo habia caido por sí mismo, como toda profesion sin exercicio.

Para dar á los pocos remedios que se usaban aquella virtud que por lo comun no obra sobre el cuerpo mas que relativamente á la disposicion del alma, se empezaba por curar á los enfermos, curando las enfermedades de su espíritu, que se oponen á su eficacia; y es-

to se hacia atrayéndoles á la alegría por medio de algunos entretenimientos inocentes, y fortificando su constitucion con exercicios moderados. Con este método se vieron desaparecer en poco tiempo los estéricos, hipocondrías, obstrucciones, melancolías, &c.

Una órden prudentísima del Soberano habia abolido el uso peligroso del cobre para las fuentes domésticas, y otras vasijas donde se preparan los alimentos. La provincia misma que poseia estas minas habia solicitado la prohibicion por un generoso sacrificio de su propio interes al bien general.

Sin consideracion por las sumas crecidas que podia prometerse el Soberano del consumo del tabaco, no se detuvo en prohibir el uso de esta planta antes que se hubiese adquirido su peligrosa costumbre, porque su olor es amoniacal, y su virtud narcotica. El taba-

co es perjudicial á la limpieza; es un gasto superfluo, y causa á los artistas la pérdida de una sexta parte de su trabajo; produce unos efectos mas dañosos que saludables, pues que altera la memoria, deseca el celebro, y disminuye el olfato. Esta droga se reduxo á la clase de los remedios.

Sacando los hombres consigo al nacer un principio de muerte, que es el de las viruelas, de que pocas personas se libertan, y que con su desolacion arrasa la quarta parte del genero humano, apenas la bacunacion fué descubierta, con la sola mira de salvar á la belleza del naufragio, quando se conoció felizmente la importancia de este hallazgo para la conservacion de la especie humana. Ella sufrió á la verdad infinitas contradiciones, pero sostenida por los elogios de la facultad, y apoyada en el exemplo del Soberano, que la practicó con

toda su familia, triunfó de las fútiles preocupaciones que se oponian á su establecimiento en la capital, de donde se fué extendiendo con felicidad por las demas partes del imperio; y por un cálculo exâcto se notó con alegría que en menos de medio siglo el número de habitantes se habia aumentado una octava parte; lo que obligó al Gobierno á favorecer los progresos de una operacion tan saludable y consoladora, á pesar de las declamaciones pueriles de esas almas débiles, y de esos perspicaces fanáticos, prontos siempre á echar por tierra los establecimientos mas ventajosos, interesando la religion en unas materias que no la tocan.

Para curar esta enfermedad imaginaria, que se llama rabia, se habia empezado curando la imaginacion, y despues algunos inocentes remedios acababan la curacion.

Por el estudio profundo de la naturaleza, de su paso, y de su inclinacion á la crisis habia enseñado la experiencia, que las enfermedades incurables en la edad media son una quimera, y un efugio, ó el último arbitrio de los médicos ignorantes, que amontonando sobre el cuerpo los remedios, hacen las curaciones imposibles. La cura del espíritu acarrearia muchas veces la del cuerpo, como se dexase á la naturaleza el cuidado de curarse.

La botánica se habia perfeccionado por la atencion con que se habia exâminado la conducta de los animales, que en sus enfermedades van á buscar por instinto el remedio que les conviene. A beneficio de estas observaciones se habia llegado á conocer la virtud de muchas plantas, que se habian escapado de la sagacidad humana.

Se habian hecho en las plantas

reputadas por dañosas unas experiencias muy continuadas, que habian destruido las opiniones vulgares acerca de sus pretendidas propiedades peligrosas; y como no hay en la naturaleza produccion alguna inútil, algunos simples reconocidos efectivamente por venenosos, se habian hallado al contrario, en virtud de su analisis y experimentos, antidotos ciertos de varios males, como entre nosotros sucede con el emetico, el opio, la zicuta, el antimonio, el arsenico, el sublimado, &c.

Se prohibió expresamente baxo graves penas el componer ni vender estas drogas é ingredientes, que la vanidad y el deseo desarreglado de agradar, tienen por muy propios para reparar en la tez los ultrages de la naturaleza, y del tiempo. A los charlatanes se los castigaba como autores y cómplices de los fraudes y artificios que las mu-

geres emplean impunemente para seducir á los hombres; y el mismo bello sexô habia aprobado con gusto los cuidados de la facultad, que habia hecho ver que los cosmeticos mas simples perjudican á la salud, y que este arte raro obra directamente lo contrario de lo que se espera, no dando á una cierta edad en que son inútiles sino un poco mas de resplandorcillo; en fin que todo cosmetico es una máscara engañadora que apresura el eclipse de la belleza natural, y un agrado ficticio que solo engaña á los necios.

Unicamente faltaba para la perfeccion de la medicina entre los Selenitas el hallazgo del remedio universal, pero estaban demasiadamente instruidos para que se detuviesen á buscarle, y demasiadamente prudentes para que intentasen luchar contra la experiencia de todos los siglos. El cuerpo humano es

una máquina en movimiento, cuyos resortes deben precisamente desgastarse con el tiempo; pero esta máquina, al contrario de todas quantas ha inventado la industria humana, procurando repararse de los desórdenes que la sobrevienen, se necesita no multiplicar los obstáculos para perpetuar su movimiento hasta el término señalado á su destruccion (1). Así todo el arte consiste en evitar un frotamiento demasiadamente fuerte, en entretener el libre curso de los fluidos, y la flexibilidad de los sólidos; esto menos con el uso de ciertos alimentos que con la privacion de otros muchos.

Pero los verdaderos y unicos

(1) Ello es que hay mil señales ciertas de muerte, y ninguna que pueda asegurar la salud, y la vida. Un solo camino nos lleva á esta, y hay un millon de sendas por donde se sale de ella.

medios que están realmente en nuestro poder para prolongar el curso de la vida son la frugalidad, la templanza, la alegria, la sobriedad (1), y las ocupaciones utiles: esto precave las enfermedades, el exercicio las disipa, y la moderacion en los placeres auyenta su disgusto, su amargura, y saciedad. La lectura es el antidoto del fastidio y la música de la melancolía. El medio fisico de estirar nuestro ser (como dice *Montaigne*) consiste en acostumbrarnos desde niños á no dar al sueño mas que el preciso reposo que exîge la naturaleza para reparar las fuerzas perdidas. Los ratos que se pasan en el sufrimiento, los que se prolongan en el fastidio, y los que vuelan en

(1) No hay realmente mas que las gentes sobrias que gusten de los placeres de los sentidos en toda su extension.

el sueño son otros tantos dias quitados del número de los que tenemos que vivir.

CAPITULO XII. Y ULTIMO.

Fin del Viage.

Ya se habian pasado unos seis meses de mi residencia en Selenópolis, quando pude lograr por empeño de Arzames que se sirviese responder aquella célebre academia á infinitas qüestiones que para el bien de mi patria llegué á hacerla. A muy pocos dias me fui á ver con el secretario, quien en efecto me entregó un paquete bastante abultado, y cerrado con el sello de aquel tribunal respetable. Solamente se exigió de mí que no le abriese hasta que me hallára de vuelta sobre la tierra. Sometíme á esta condicion con alguna dificultad; pero en fin muy ufano de un botin tan precioso, ya no pensé mas que en mi par-

tida de aquel pais. Empleé el poco de tiempo que pensaba estar aun en Selenópolis en poner con cuidado por escrito todos los conocimientos que habia adquirido, y los descubrimientos curiosos para el bien y utilidad de la humanidad con la mira de enriquecer con ellos mi pais: contento del buen éxîto de mis trabajos concluia ya con mi último periodo, quando por un accidente el mas funesto, sintiendo repentinamente que temblaba el suelo donde yo pisaba, y viendo venirse abaxo los templos y los palacios, y que se abria la tierra para enterrarme en sus profundos abismos, me tiré precipitadamente á una ventana para saltar al patio. Mas por una desgracia mayor aun que de la que procuraba escaparme, me hallé debaxo de mi cama, tendido sobre los ladrillos, con todos mis miembros quebrantados, y casi sin movimiento; sin embargo, sintiendo menos

el dolor que me procuraba mi caida, que la pena de saber que la mayor parte de mis dudas quedarian por siempre para mí sin solucion, y que quanto habia visto y oido no era mas que el efecto de un sueño vano: imagen triste pero fiel de la mayor parte de las felicidades de la vida, exclamé así:

Eppur troppo é la vita
Un sogno.

INDICE

DE LOS CAPITULOS

CONTENIDOS EN ESTA OBRA.

Relacion del Viage, que puede leerse como prólogo, pag. . . . 5

CAPITULO I.

Educacion de los Selenitas. 23

CAPITULO II.

Continuacion del antecedente sobre la educacion de los Selenitas. 35

CAPITULO III.

Estado de la literatura en la nacion Selenita. 47

CAPITULO IV.

Prosigue el diálogo entre Arzames y el Filósofo sobre el estado de la Literatura en Selenópolis. 59

CAPITULO V.

Usos, costumbres, y opiniones de los Selenitas. 70

CAPITULO VI.

Continúa la descripcion de los usos, costumbres, y opiniones de los Selenitas. 83

CAPITULO VII.

Prosiguese con la descripcion de los usos y costumbres de los Selenitas. 100

Descripcion del Templo de la Verdad. 115

CAPITULO VIII.

Biblioteca particular del bello sexô selenítico, por la que se arregla su moral. 118

Carta de Theano á Nicostrata. . . 120

Carta de la pitagorica Melissa á Cleareta. 127

Carta de Myia á Phillis. 130

CAPITULO IX.

De las modas, consideradas segun su estado en el pais de los Selenitas. 134

CAPITULO X.

Rasgos de Moral. 153

CAPITULO XI.

Uso de la Medicina entre los Selenitas. 161

CAPITULO XII. Y ULTIMO.

Fin del Viage del Filósofo. 176